

PUNTO
ROJO



CUANDO EL PASADO VUELVE

Burton Hare

B&B

CUANDO EL PASADO VUELVE

BURTON HARE

**CUANDO
EL PASADO VUELVE**

Colección PUNTO ROJO n.º 198

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUQUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 7464 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - MAYO 1964

© BURTON HARE - 1964

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANTONIO BERNAL - 1964

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 943/64

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

99 — Tú la mataste. 103 — Por tres centavos, la
muerte.

CAPITULO PRIMERO

Era uno de esos días bochornosos y húmedos en que uno se pregunta la razón por la cual, en lugar de estarse tumbado en la playa, se encierra en la oficina en espera de algo tan hipotético como un cliente.

Me había quitado la chaqueta, que colgaba del perchero como una bandera vencida, y sin embargo, el sudor seguía deslizándose a lo largo de mi espalda. Era un cosquilleo que no me gustaba en absoluto. Aflojé el nudo de la corbata, pero eso no me alivió en nada.

Comencé a considerar formalmente la idea de cerrar el despacho y largarme a Palmetto o Bradenton para darme un chapuzón. Tenía también otro argumento en abono de esta idea: el hermoso papel que descansaba sobre el tablero de mi mesa. No era otra cosa que el azulado resumen de mi cuenta del Banco. Llevaba una temporada en que las cosas habían resultado bien y mis finanzas lo demostraban.

Doblé el resumen, lo metí en un cajón y busqué la botella que guardaba para las ocasiones como la presente. Por regla general, siempre tengo algo que celebrar y la botella paga las consecuencias.

Pero esta vez las cosas se torcieron. Cuando estaba desenroscando el tapón, alguien llamó a la puerta.

Volví la botella a su escondrijo y grité:

—Adelante.

Al mismo tiempo, me apretaba la corbata y componía la figura de un atareado hombre de negocios.

La persona que entró era lo más opuesto a un cliente en potencia de un detective que imaginarse pueda. Su edad oscilaba probablemente entre los setenta y ochenta años, vestía de negro y el traje resultaba tan recatado, que uno se preguntaba cómo podía respirar dentro de él. Su cabeza estaba cubierta por una cuidada cabellera blanca como la nieve. Era menuda y delgada, de ojos vivos y actitud un tanto cohibida.

—¿Míster Cameron? —preguntó la anciana.

—Sí. Pero, por favor, pase y siéntese.

Avanzó con pasitos menudos. Me hizo pensar en un pájaro. Tomó asiento y colocó delicadamente el bolso sobre sus rodillas. Sus manos se juntaron sobre el cierre del anticuado bolso. Yo no recordaba haber visto jamás otro igual.

—¿En qué puedo servirle, señora? —pregunté, intrigado.

Sus ojillos estaban clavados en mí cual dos taladros que quisieran bucear en mis pensamientos. Sus delgados labios se fruncieron en un asomo de sonrisa indecisa.

—Aún no lo sé —murmuró, pensativa.

Buen principio. Sonreí a mi vez y expliqué:

—Por regla general, la gente viene a mí para que les ayude a salir de algún apuro. O para prevenir posibles apuros. Si usted necesita mis servicios...

—Cállese, hijo —me interrumpió, esbozando un ademán de impaciencia. Y enseguida añadió—: Sé perfectamente por qué acude la gente a los detectives privados.

—Muy bien. ¿Cuál es su problema?

—Realmente, no es «mi problema» ...

—Temo no entenderla, señora...

—Wingfield.

—Muy bien, señora Wingfield. La escucharé con mucho gusto y tal vez si me habla de lo que la ha traído aquí podremos entendernos.

—Naturalmente que le hablaré —dijo en tono indignado—. ¿Para qué cree que he venido aquí?

Sonreí y asentí con un movimiento de cabeza, pero mantuve la boca cerrada. Después de todo, la viejecita tenía también su genio.

Dejó pasar cierto tiempo antes de empezar:

—Verá usted, míster Cameron, Se trata de mi nieta Leola.

—¿Y bien?

—Leola... Bien, usted sabe, es una de esas tontas muchachas modernas, demasiado libres... O demasiado malcriadas, diría yo.

—¿Qué le sucede a Leola? —pregunté, un tanto divertido.

—Temo que esté metida en un buen lío.

Suspiré. Estaba visto que si quería enterarme de algo debía dejar a la anciana que contase las cosas a su manera. Así es que opté por callar y me limité a mirarla en espera de que siguiera hablando.

Lo hizo tras una nueva vacilación:

—Leola no tiene padres. Murieron en un accidente de aviación cuando ella era todavía una niña. Yo me hice cargo de la chiquilla hasta que fue mayor de edad. Entonces ya no pude retenerla.

—¿Qué edad tiene ahora?

—¿Leola? Veintitrés años. Hace dos que se fue de mi lado y empezó a trabajar por su cuenta. Cursó también estudios de secretaria y finalmente se trasladó a Miami, donde le habían ofrecido un empleo.

Hizo otra pausa. Se notaba claramente cuánto le desagradaba tener que revelar las interioridades de su familia, pero debía estar muy apurada y se veía forzada a ello aun contra su deseo.

Cuando habló fue para decir:

—¿Tiene un cigarrillo, míster Cameron?

—Naturalmente.

Le ofrecí el cigarrillo, le acerqué una cerilla y después encendí uno para

mí. La contemplé mientras aspiraba el humo con expresión placentera. Cuando lo expelió, exclamó:

—Tengo que fumar a escondidas, ¿sabe usted? Si me viera Leola se pondría a gritar. Y lo mismo haría Flora.

—¿Quién es Flora?

—Oh, es cierto que usted no la conoce. Aunque no pierde nada no conociéndola. Flora es mi hermana mayor. No le gusta nada de lo que yo hago. Si ahora mismo supiera que estoy hablando con un detective le daría un ataque.

No pude ocultar una sonrisa. ¿Cuántos años tendría la hermana mayor? Pero empezaba a gustarme la anciana que tenía delante. Era todo un carácter.

Cuando hubo saboreado buena parte del cigarrillo, reemprendió la charla:

—Bueno, a lo que iba. Leola tuvo un accidente de coche. Está en el hospital, acusada de homicidio. Hubo dos muertos, ¿sabe usted?

Aquello resultaba un revoltijo, pero me limité a asentir con un gesto y esperar que siguiera.

Lo hizo inmediatamente:

—He hablado con mi nieta, ¿sabe? Y ella no me mentiría a mí. Eso es algo que no haría jamás, lo sé. Y ella dice que quien conducía el coche era un hombre. Ella había subido al coche en la carretera.

—Ya veo. Practicaba el «autostop». ¿Es así?

—Exacto. Ese hombre la recogió.

—¿Dónde?

—En las afueras de Leesburg.

—Pero eso está en el Norte, y usted ha dicho que ella estaba en Miami trabajando en una colocación que...

—No se precipite, joven. No me haga pensar que es usted tonto. Yo le he dicho que mi nieta se había marchado a Miami, aceptando cierta colocación. Pero una vez allí, unos meses después de haber aceptado ese empleo, le ofrecieron otro mucho mejor y lo aceptó.

—Comprendo. Se fue a trabajar a Leesburg...

—No acierta usted una —murmuró, indignada—. No, señor. A Astor, como encargada de un balneario. ¿Lo comprende ahora?

—Siga —dije, intentando no sonreír.

La viejecita estaba ganándose toda mi simpatía.

—Bueno, por lo visto el propietario del balneario resultó un... Bien, no hay por qué andarnos por las ramas, los dos somos mayores de edad. Resultó un cerdo. Eso es, un cerdo. Pensó que en el sueldo que pagaba iban incluidas otras cosas que nada tenían que ver con el trabajo. Usted ya entiende.

—Perfectamente.

—Y no acabó aquí la cosa. Cuando Le ola le notificó que dejaba el trabajo y le dijo sin tapujos lo que opinaba de él, el muy granuja se apoderó del dinero de mí nieta para impedir que se marchase. Se puso muy bruto. Y Leola agarró su equipaje y se marchó. Encontró un automovilista decente que le llevó hasta Leesburg. Allí esperó hasta que otro quiso llevarla hacia aquí. Y en el viaje ocurrió el accidente.

—Bueno, hasta ahora vamos bien —comenté irónicamente—. Pero lo que no comprendo es cómo la acusan a ella, si quien conducía el coche era el hombre.

—Porque usted no me deja hablar con tranquilidad —explotó. ¿Por qué se empeña en emitir opiniones si no conoce el asunto?

Sonreí ante la andanada. De nada servía llevarle la contraria, y a mí me divertía con su pintoresca manera de narrar las cosas.

—Perdón —dije—. Continúe, por favor.

—Así está mejor —refunfuñó—. Ese automovilista resultó un fresco, uno de esos que se creen que las mujeres deben enamorarse de ellos a la fuerza. Leola le esquivó cuanto pudo, pero él se limitó a reírse de ella y a beber de un frasco que llevaba al lado. Hasta que la cosa llegó demasiado lejos. Mi nieta tuvo que defenderse, y mientras luchaban los dos fue cuando se produjo el accidente. El auto se salió de su pista invadiendo la contraria. Hubo un choque con otro coche y los ocupantes de éste murieron al llegar al hospital.

—Ya veo...

Aunque en realidad no lo comprendía. Esperé el resto de la historia.

Y siguió.

—El hombre que guiaba el coche desapareció después del accidente. Leola no comprende cómo pudo hacerlo, pero desapareció. Nadie parece haberle visto, si bien es verdad que pasaron unos minutos antes no pasó otro coche que prestó auxilio.

—¿No vio su nieta cómo escapaba el hombre?

—No, Ella estaba desvanecida.

—Ya veo... Pero no comprendo dónde reside el problema. El coche debe estar matriculado. La patente delata a su propietario y...

—¿Quiere dejarme hablar a mí? —me atajó vivamente.

—Adelante.

—El coche era robado.

Pegué un respingo. No se necesitaba ser ningún lince para darse cuenta del atolladero en que se veía metida la muchacha.

—Comprendo —asentí—. Y supongo que también la acusan a ella del robo.

—Esta vez ha acertado —sonrió—. Aunque, según me han dicho, el auto había sido robado aquí, en Tampa. El ladrón lo había llevado hasta Leesburg.

—¿Cuándo fue denunciado el robo del coche, lo sabe usted?

—Sí. Hace dos días.

—Y el accidente...

—Ocurrió ayer.

Hice una mueca. Nada por ese lado.

—¿No ha hablado usted con su abogado? —quise saber.

—Claro que he hablado con él. Precisamente es un amigo de toda la vida. Uno de esos abogados serios, formales, que... Bueno, eso a usted no debe importarle. Él ha sido quien me ha aconsejado que buscara un detective.

—¿Para qué?

Me miró, escandalizada. Y exclamó:

—Pero, ¿es posible que no lo entienda todavía? Si no encontramos al hombre que conducía el coche, nada podremos hacer por mí nieta. Al menos, eso dice mi abogado.

—Ya veo... ¿Ha sido él quien le ha indicado que venga a verme a mí?

—No. Él ha hablado de un detective. El escogerle a usted es cosa mía. Leo los periódicos, ¿sabe usted? Y sobre todo, los reportajes sensacionales. He leído cuanto lleva publicado el *Tampa Sun* sobre usted. Especialmente ese último caso de los sellos falsificados. He recordado su nombre por haberlo leído.

Pensé que debía invitar a Terry Fisher, el reportero que tanto había escrito sobre mí.

—Total —dije—. Usted quiere que yo encuentre a ese hombre.

—Eso es. Exactamente.

—¿Comprende usted las dificultades de una tarea semejante? Soy yo solo a trabajar. Es casi imposible descubrir a ese tipo sin tener ningún indicio que pueda servirme.

—Si usted cree en la palabra imposible, jovenzuelo, no es el hombre que yo necesito.

—Está bien, vamos a borrar esa palabra del diccionario. Necesitaré hablar con su nieta. ¿Cuál es su nombre completo?

—Leola Reid.

—¿En qué hospital está?

—En el del Estado. Fue la policía quien la llevó allí.

—Muy bien, la veré. ¿Sabe ella que ha venido usted a verme?

—Sí.

—Eso facilitará las cosas. ¿He de entregarle a usted los informes, o los mando a su abogado?

—A mí, aunque seré yo quien se ponga en contacto con usted. No quiero que mi hermana sepa en qué gasto mi dinero. Además, el venir a verle será un pretexto para fumar un poco... ¿Me da otro cigarrillo?

Se lo di, esperé a que hubiera saboreado un par de bocanadas de humo,

y pregunté:

—¿Nadie presenció la subida de su nieta al coche? Algún automovilista... alguien que pasara por la carretera...

—Nadie. Era noche cerrada cuando ella lo tomó.

—Lástima... En fin, haré cuanto pueda.

—Dedíquese por entero a este trabajo, míster Cameron. Tengo dinero suficiente para pagarle, ¿sabe usted? Así es que...

Abrió el bolso, pero la interrumpí con un ademán.

—Ya le pasaré la cuenta, señora —dije con una sonrisa—. Al final le presentaré relación de gastos y honorarios. No es preciso que me entregue ningún anticipo.

—Muy bien. Pero quiero esas cuentas muy detalladas. ¿Comprende usted, míster Cameron? Muy detalladas. Me gusta la claridad en los negocios.

Asentí. ¡Diablos con la anciana!

—Estoy seguro que todo será de su agrado —afirmé.

—Así lo espero. En caso contrario, no le pagaría un centavo hasta haber aclarado perfectamente todas las dudas.

Se levantó. Su frágil figura escondía una personalidad curiosa y simpática, pero firme también. Un buen temple.

—Yo pasaré a verle dentro de un par de días. Si antes tiene algo que comunicarme, llámeme a este teléfono... —Me dio una tarjeta, pero me recomendó al mismo tiempo—: Sin decir quién es usted. Limítese a decirme que se ha equivocado de número. Yo ya sabré que debo pasar a verle. A veces, ¿sabe usted? mi hermana escucha por otro aparato...

La acompañé hasta la puerta y la vi alejarse por el pasillo.

Estuve pensando en ella y su carácter, y me asustó imaginar cómo sería el de su hermana para lograr dominarla.

No tenía más remedio que hablar con Leola Reid. Y el solo hecho de tener que salir fuera del edificio, bajo los rayos del sol, aumentó mi transpiración. No obstante, el trabajo tenía que hacerse...

Descolgué la chaqueta, la eché sobre mi hombro y abandoné la oficina.

CAPITULO II

Llegué al Hospital del Estado solo para encontrarme con una sorpresa. No era hora de visita.

Debía haber contado con eso, pero ni siquiera se me había ocurrido. Después de recorrer el trayecto hasta las afueras, bajo un sol de infierno, el impedimento me sentó peor que la visita del inspector del fisco.

No obstante, no me di por vencido. Comencé por entablar una batalla verbal con la enfermera jefe. Conseguí hacerle comprender que se trataba de algo tan importante para mí como para la muchacha herida. Le hice ver que, según todas las apariencias, la policía iba a acusarla falsamente sin molestarse siquiera en averiguar si ella decía la verdad. Le pinté un cuadro tan patético de la situación, que le faltó poco para echarse a llorar. Mis dotes de actor brillaron a la máxima altura.

Al fin me dijo:

—Veré qué puede hacerse. Pero le advierto que hay un policía de guardia... en el pasillo, frente a la habitación.

—¿Impide ese policía que Leola Reid reciba risitas?

—No.

—En ese caso, ¿qué esperamos, encanto?

Sonrió y se alejó, dejándome solo en aquella salita blanca, brillantemente iluminada por enormes ventanales. Todo olía a antiséptico, hasta la enfermera.

Cuando regresó me hizo una seña desde la puerta, indicándome que la siguiera. Mientras atravesábamos los inacabables pasillos, me advirtió:

—Estoy vulnerando el reglamento para atender a sus ruegos, míster Cameron, Espero no tener que arrepentirme. Pórtese bien.

—Palabra de honor.

Me indicó una puerta, al lado de la cual se aburría un agente de paisano. El hombre estaba sentado en una silla cuyo respaldo se apoyaba en la pared. En sus manos sostenía un periódico como si no supiera qué hacer con él.

—¿Es éste? —preguntó, dirigiéndose a la enfermera.

—Si —dijo ella.

—Bien, puede pasar.

Entré en una habitación reducida, limpia como un chorro de oro. La luz entraba tamizada por las espesas cortinas que velaban la ventana.

La muchacha que yacía en la cama giró la cabeza para poder verme.

Era una verdadera belleza en todos los aspectos, por lo menos a juzgar por la parte de ella que se distinguía fuera del embozo de las sábanas. Y yo no tenía ningún motivo para dudar de que el resto de su cuerpo hiciera juego con lo que estaba a la vista.

—¿Usted es míster Cameron? —preguntó, antes que pudiera saludarla.

—El mismo, Leola. ¿Quién le ha hablado de mí?

—La enfermera me ha dicho su nombre. Y la abuela también me anunció ayer que iría a verle a usted.

—Pues ha cumplido su palabra.

—Si he de decirle la verdad, no creí que lo hiciera. Pobre abuelita...

Acerqué una silla al lecho y me senté lo más cerca de ella que me fue posible.

—¿Cómo se encuentra? —quise saber.

—Bien. Muy bien. Después de todo, he tenido mucha suerte. Podía haberme matado.

—Lo imagino. ¿Nada roto?

—No.

—Creo que pronto saldrá de aquí —dije, decidido a hablar sin rodeos—. Lo importante es saber si saldrá libre completamente o detenida bajo la acusación de homicidio que pesa sobre usted. ¿Puede ahora contarme todo lo que sucedió y cómo?

—Creo que sí. Es la cosa más absurda que me ha sucedido jamás. Si no fuese porque me ha sucedido a mí, tampoco lo creería.

—Está bien, pero si he de ayudarla, yo sí debo creer en usted. Su abuela me ha detallado todo lo anterior al accidente, o sea, sus andanzas hasta que aceptó el empleo en ese balneario de Astor. Usted puede proseguir desde ahí.

—Sí, ya le habrá dicho la abuelita que encontré un automovilista que iba hasta Leesburg... Resultó un hombre muy atento y educado. Hablamos casi todo el viaje. Bueno, me dejó a la salida de Leesburg y él volvió atrás. Yo...

—Un momento —le interrumpí—. Dejemos las cosas bien claras. Ese automovilista la llevó a usted hasta la salida de Leesburg para facilitarle el que pudiera encontrar otro coche para seguir adelante. ¿Fue así?

—Sí.

—Y él tuvo que volver atrás.

—Sí, ya se lo he dicho. Él tenía su domicilie en alguna calle del centro. Sin embargo, fue tan amable que siguió un poco más para ayudarme.

—¿Sabe usted el nombre de ese hombre?

—No... Bueno, me dijo que se llamaba Anthony.

—¿Qué clase de coche llevaba?

—Un sedán gris plomo. Creo que era un «Oldsmobile», pero no estoy

muy segura.

—¿No hay nada que le permita identificar ese coche o su conductor?

—Sin verlos otra vez, no.

—Es una lástima. Bueno, siga adelante.

—Yo llevaba una pequeña maleta. La gente me miraba y yo adivinaba que sus comentarios eran algo burlones... En fin, eché a andar alejándome del pueblo. Pasaron algunos coches, pero ninguno quiso detenerse a pesar de hacerles señales. Estaba oscureciendo, y a esas horas todos parecían tener prisa. Finalmente, cuando los coches ya llevaban las luces encendidas, vi venir uno lanzado a toda velocidad. Llevaba las luces cortas, pero cuando me descubrió encendió las largas y me deslumbró. Pasó por mi lado con un rugido, pero se detuvo con un chinar de frenos. Cogí la valija y corrí hacia él, pero el hombre ya estaba haciendo retroceder el gran auto y...

—Usted dice gran auto... ¿Qué dase de coche era?

—Un «Cadillac» negro, último modelo... Oh, era un coche fantástico, con adornos cromados por todas partes. Brillaba como una joya.

—Está bien, continúe.

—El hombre que lo conducía abrió la portezuela desde dentro. Cuando me senté, dándole las gracias ni siquiera me oyó. Estaba absorto contemplándome las piernas. Creo... creo que me ruboricé.

—Deje eso, niña, y vamos al grano. ¿Qué sucedió después?

—¿Cree que trato de engañarle a usted? —saltó, indignada.

—No, no lo creo. Imagino que tiene usted unas piernas hermosas, y que cualquiera con sentido común perdería el resuello al verlas. Pero lo que a mí me interesa es lo que pasó en el coche, una vez en marcha.

—Bien, tiene usted una manera de decir las cosas, míster Cameron, que no me agrada.

Suspiré resignadamente. Por lo visto, todos los miembros de aquella familia tenían su manera de ver el mundo. Así es que esperé sin despegar los labios hasta que se decidió a seguir adelante.

—Durante unos minutos no sucedió nada. Después, el hombre empezó a hablarme de la estupenda fiesta a la que iba a asistir... Luego me invitó a beber. Acepté, porque si he de decirle la verdad me encontraba muy deprimida. Pero bebí solamente un par de tragos, tan poca cantidad que no podía hacerme daño alguno. Él bebió más, y a juzgar por lo que faltaba en la botella ya antes había trasegado bastante. Fue cuando le devolví la botella que empezó a ponerse pesado.

—Y usted luchó con él...

—No en aquel momento. Me limité a esquivar sus avances. Tenía unas manos muy ligeras y no parecía importarle mucho sujetar o no el volante. Eso duró casi un cuarto de hora, sin que valieran mis protestas. EJ se limitaba a reír. Dijo que yo debería acompañarle a la fiesta a que debía

asistir. Cuando me negué y le dije sin contemplaciones lo que opinaba de él y de su falta de vergüenza fue cuando me sujetó y trató de besarme y manosearme... y entonces sí que luché. Después de esto ya sólo recuerdo un gran estruendo, un golpe terrible y nada más. Debí perder el conocimiento inmediatamente.

—Supongo que ese hombre no mencionaría su nombre...

—No.

—¿No recuerda nada más que pueda ayudarnos?

—No. Ya no sé nada de lo que sucedió después, excepto lo que dijeron los policías, cuando recobré el conocimiento. Parece ser que el coche invadió la pista contraria y se echó encima de otro auto que venía es dirección a nosotros y...

—Olvídese de eso. Ya lo averiguaré por mi cuenta y con todo detalle. Ahora descríbame a ese tipo. A propósito, ¿cómo pudo desaparecer tan radicalmente? ¿Le sospecha usted?

—No tengo ni una idea sobre esto. Por lo visto, él no sufrió daño y aprovechó para escapar cuando el coche quedó quieto, después de dar una vuelta de campana.

—Está bien, descríbamelo.

—Pues, unos treinta y cinco años, recio, de anchos hombros, pelo abundante y rizado, y a juzgar por su aspecto, debía ser alto, tanto o más que usted.

—¿De qué color eran sus ojos?

—No lo sé, aunque creo que eran muy oscuros y brillantes. Quizá el brillo fuera debido a lo que había bebido.

—Posiblemente. ¿Cómo iba vestido?

—Llevaba un pantalón gris y una chaqueta más clara. Camisa blanca, y no llevaba corbata, sino un pañuelo anudado al cuello. Un conjunto deportivo, usted ya sabe...

—Perfectamente. ¿Ropas de calidad?

—Pues no... Sencillas. Recuerdo que el cuello de la camisa estaba algo rozado, un poco sucio.

—Supongo que se da cuenta de cuán difícil será echarle el guante a un hombre como éste, basándonos solamente en estos datos.

—¿Cree que no lo sé? Si por lo menos hubiese sido el dueño del coche...

—Usted ya sabe que el coche había sido robado aquí, en la ciudad, dos días antes del accidente...

—Uno —me interrumpió.

—Bueno, un día antes del accidente. El hombre que lo conducía cuando usted subió a él, suponiendo que fuera quien lo robó, debía haber viajado bastante. ¿No dijo ninguna palabra que nos pueda orientar sobre su punto de procedencia? ¿No mencionó de dónde venía?

—No... Espere —exclamó de pronto, excitada—. Ahora recuerdo...

—¿Qué? —la apremié, interesado.

—Dijo algo de los bosques... Sí, creo que fue algo como si estuviera cansado de andar por el bosque o algo así...

—Trate de recordarlo todo.

Arrugó su tersa frente. Aproveché para admirar las perfectas líneas de su rostro, el contorno tentador de sus labios y la profundidad de sus ojos, verdes y misteriosos, con destellos de esmeralda. No me extrañó que los hombres perdiesen los estribos a su lado.

—No estoy muy segura —murmuró—. Pero dijo algo así... *Esto es mejor que andar por el bosque... Ya estaba harto...* Después fue cuando intentó besarme.

—Bien, tal vez nos sirva de algo —mascullé, no muy satisfecho.

Comprendí que ya no podía conseguir nada más de ella. En todo caso, siempre estaba a tiempo de volver a verla. Y después de todo, verla resultaba un placer.

Abandoné la silla, pero antes que pudiera despedirme, ella dijo, mirándome recto a los ojos:

—¿Le cobró mucho dinero a la abuelita?

—No. En realidad, no he cobrado nada todavía. Tengo que pasarle cuentas, cuentas muy claras —añadí, riendo.

Pero Leola Reid no rio en absoluto. Murmuró:

—No lo haga... Yo le pagaré, míster Cameron... Si no puedo cubrir su cuenta, entonces dejaré que ella pague el resto.

—Pero, niña... Su abuela me ha dado a entender que no le faltaba el dinero.

—Le ha engañado. En realidad, creo que se engaña a ella misma. Está convencida de que posee mucho dinero.

—¿Y no es así?

—No, en absoluto. Ella y tía Flora viven de una reducida renta. No les sobra nada, créame.

Sus ojos se humedecieron. Mi respeto por la anciana que había visitado mi oficina subió de punto.

Leola añadió:

—Yo tampoco tengo dinero sobrante, pero puede tener la seguridad de que le pagaré. Yo...

—Olvídese de esto. Ya arreglaremos cuentas sin que tenga que pasar apuros.

—Pero usted debe tener su tarifa.

—Naturalmente, no soy ninguna institución benéfica... Pero afortunadamente, mis tarifas son muy elásticas. Por lo menos, cuando mi cuenta corriente acusa un exceso de salud.

—¿Y es este el caso en estos momentos?

—Ajá.

Sonrió. Su cara se iluminó de tal manera que sentí un estremecimiento deslizarse por mis venas. ¡Qué mujer!

—Deje de preocuparse por este asunto —dije—. Volveré a verla en cuanto pueda decirle algo alentador.

—No sabe cómo esperaré su visita, míster Cameron.

Estreché su mano, le sonreí y abandoné la habitación. Fuera, el policía de servicio seguía sin decidirse sobre lo que podía hacerse con el periódico. Me miró con ojos de búho y me hizo un gesto de despedida.

CAPITULO III

No puedo decir que el teniente O'Toole se alegrase de verme, pero por lo menos no me echó fuera de su despacho, como hubiera sucedido algún tiempo atrás de haber tenido el atrevimiento de presentarme allí.

Se limitó a mirarme con suspicacia y luego me invitó a tomar asiento. Después, gruñó:

—No me diga que ha tropezado usted con otro cadáver, Cameron.

—Todavía no, aunque no desespere, O'Toole. Ya sabe que eso puede suceder en cualquier momento.

—Tratándose de usted, esa es una gran verdad. ¿Qué le trae por aquí? ¿Está en algún atolladero?

—Deje los sarcasmos a un lado de momento. Si empezamos así, le diré que hasta ahora he sido yo quien ha sacado a la policía de sus atolladeros.

—Seguro. Y le estamos muy agradecidos, Cameron. No sabe usted cuán agradecidos le estamos.

—Sí, eso tengo entendido. Y ahora, dígame, O'Toole. ¿Qué hay de un accidente de coche en que perecieron dos personas?

Aguzó la mirada.

—Ya no me ocupo de estos asuntos, usted lo sabe.

—Bueno, pero en éste existe una acusación de homicidio contra una mujer.

—He oído hablar de eso, pero no lo llevo yo. ¿Qué le interesa de este asunto?

—No sabe cuánto me alegro de que no intervenga usted. Necesito todos los datos posibles del caso.

—¿Trabaja para alguna compañía de seguros?

—No.

—Dígame por cuenta de quién se mueve esta vez.

—De Leola Reid, la muchacha acusada de homicidio.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, asombrado.

—¿Lo ha pensado usted bien, Cameron?

—Sí.

—Yo creía que lo que esa mujer necesitaba era un buen abogado, no un mediocre detective privado.

—Eso no pasa de ser una errónea apreciación suya, teniente, ya que no

posee sentido del humor. Y después de todo esto, ¿me dirá lo que hay sobre ese accidente?

—En líneas generales es uno de tantos. Una muchacha que encuentra un coche de lujo abandonado, con las llaves en el *tablier*, se apodera de él y emprende el viaje hacia Tampa... En el compartimento de los guantes descubre una botella de *whisky*, toma algunos tragos y en un momento determinado el auto escapa a su control y se estrella contra otro. La eterna historia.

—Ese es el punto de vista de la policía. La muchacha cuenta una historia distinta.

—Oh, claro, todas la cuentan, pero al final se descubre que están mintiendo.

—Esta vez no, O'Toole. Creo que Leola Reid dice la verdad.

—¿Por qué lo cree? ¿Por el hecho de que es ella quien le paga?

—No. Escuche, teniente: ¿han realizado ustedes algunas pesquisas para tratar de comprobar la historia de Leola?

—No lo sé. Este es un asunto del que no me ocupo. Pero apuesto a que muy pocas, si han hecho alguna. Todo está demasiado claro.

—Ahí es donde reside la equivocación de ustedes, O'Toole. Una vez han decidido que tienen el culpable entre manos, ya no se molestan en escuchar sus explicaciones. Dan por sentado que ustedes no pueden equivocarse. Además, en este caso me parece que se han precipitado ustedes mucho en presentar la acusación por homicidio.

—Le repito que no es asunto mío —gruñó, impaciente—. Sea como sea, Cameron, le apuesto a que esa chica es culpable.

—¿Por qué? ¿Porque estaba dentro del coche?

—Entre otras cosas. El coche había sido robado. El ladrón lo condujo hasta que se cansó de él y lo abandonó. Ella...

—Pamplinas. No se roba un coche como ese sólo para dar un paseo. Además, hay algunos detalles que no encajan. Leola no se detuvo en ninguna parte a poner gasolina, si es ella quien conducía. ¿Ha pensado en eso?

—Creo que no comprendo lo que se propone, pero...

—Ese coche traga gasolina como usted el *whisky*... ¿Cuánta quedaba en el depósito después del accidente?

—Tendría que consultarlo.

—¿Y a qué está esperando?

Me miró, dudando entre complacerme o mandarme al infierno. Pero acabó por descolgar el teléfono y dar un par de órdenes. Después lo colgó y me miró con una forzada sonrisa.

—Es curiosa la cantidad de quebraderos de cabeza que me ha proporcionado usted desde que le conozco, Cameron —comentó.

—También le he proporcionado otras cosas, teniente.

—Sí... Disgustos.

—Y un asesino... y un caso resuelto... Aparte de algunos datos más —le recordó, burlonamente—. No puede quejarse.

—No me quejo. Lo único que pido es no tropezármelo nunca más en mis investigaciones. Ya ve si me conformo con poco.

Sonreí, pero dejé la cosa sin comentario porque en aquel momento se abrió la puerta y apareció un agente trayendo un portafolios bastante abultado.

—E! *dossier*, teniente —anunció.

O'Toole lo tomó y despidió a su subordinado. Empezó a examinar los papeles. Un minuto después, levantó la cabeza. Algunas arrugas de concentración habían aparecido en su ancha frente.

—Había cuarenta y dos litros —anunció.

—Ajá. ¿Quién los había puesto?

Calló y durante unos instantes se limitó a volver su atención a los papeles que tenía delante. Después levantó la cabeza y gruñó:

—Veamos su idea, tipo listo.

—Es fácil. El coche fue robado aquí, en la ciudad, el día antes del accidente. Estuvo recorriendo millas hasta más allá de Leesburg como mínimo, distancia que yo calculo entre ochenta y cien millas. Luego emprendió el regreso y el accidente tuvo lugar a quince millas de aquí, con lo que recorrió otras ochenta millas. Como mínimo, el «Cadillac» corrió ciento sesenta millas, aunque yo apostaría que se tragó muchas más. ¿Cuánta gasolina cabe en el depósito?

—Supongo que unos sesenta litros.

—Okey. Aun suponiendo que cuando lo robaron estuviera lleno, ¿solo gastó veinte litros en casi doscientas millas? Recuerde que se trata de un modelo automático, poderoso, y que consume alrededor de veinticinco litros cada...

Me interrumpió con un gesto. Luego dijo:

—El ladrón pudo haber llenado el depósito.

—¿Para abandonar el coche después? Ningún ladrón de esos que roba un coche para dar un paseo despilfarra su dinero de esta manera.

Quedó pensando en eso durante unos momentos. Luego masculló:

—Bueno, veamos cuál es su idea, Cameron. Le escucharé hasta el final.

—Eso está mejor. Aunque todo es pura conjetura, opino que el ladrón, suponiendo que exista, se llevó el coche para realizar una tarea determinada. La llevó a cabo en algún punto al norte de Leesburg, en las montañas cubiertas de bosques. Terminado eso, el trabajo que fuese, emprendió el regreso y fue entonces cuando llenó el depósito en algún surtidor que encontró antes de Leesburg. Después de atravesar esa ciudad fue cuando Leola Reíd subió al coche...

—Así que usted cree que ella no iba sola.

—Estoy convencido. Hay demasiados detalles que confirman esa creencia, aparte de la impresión que me ha causado ella. ¿Usted la ha visto?

—No, pero sé que es la clase de mujer que le encandila a usted.

—Y a cualquiera con ojos en la cara, O'Toole.

—Está bien, pero no a mí. ¿Por qué ha dicho, referente al ladrón del coche, *en caso de que exista*?

—Porque nunca he sabido de ningún ladrón de coches que se lleve un cacharro tan llamativo como éste. Por lo menos, uno de esos ladronzuelos que lo único que quieren es un coche para trasladarse a un punto determinado, abandonando después el auto.

—Ya veo...

—¿Quién es el propietario del «Cadillac»?

—Un tal George Hewitt.

—¿Quién es?

—No lo sé con exactitud, nunca he hablado con él. Pero creo que es el gerente de una cadena de restaurantes en la costa...

—¿No es el propietario de los establecimientos?

—No; el propietario se llama Iben Dachs.

—¿Fue Hewitt quien denunció el robo?

—Sí. Y ahora que parece que no queda nada más por discutir, permítame decirle que está usted loco si espera sacar algo de todo esto. El asunto ha pasado ya a la fiscalía. El D. A. le hará trizas si intenta escamotearle el caso de entre las manos. Tienen una condena por homicidio en el bolsillo, tan seguro como que estamos hablando ahora usted y yo.

—Bueno.

O'Toole se encrespó.

—¿Pretende arrancarle a esa chica Reid al fiscal?

—Si no queda otro remedio para hacer justicia, sí.

Pegó un respingo y casi chilló:

—¡A mí no me venga con esa comedia! ¡Justicia! Usted, que disfruta saltándose la ley a la torera.

—¿Cuándo he saltado la ley a la torera?

Bufó, indignado. Por lo visto no podía olvidar algunas cosas que habían sucedido en el pasado. Peor para él.

Me levanté.

—No se sulfure, teniente —dije, sonriendo—. Le prometo que si el caso se complica y aparece algún cadáver, se lo reservaré a usted.

—Lo creo. Eso es lo que me hace temblar precisamente. Por lo menos, si encuentra alguno, avíseme a mí antes que a su amigo reportero...

—Hasta la vista, teniente, y gracias por todo. Ya nos veremos.

—Eso temo.

Cerré la puerta. Estaba dispuesto a jurar que O'Toole se había quedado bastante preocupado.

Me detuve en la acera el tiempo de encender un cigarrillo, mientras me esforzaba por ordenar en mi mente lo que había averiguado. Acabé por reconocer que no era mucho, sin embargo, era suficiente para empezar.

Entonces se me ocurrió que sería muy interesante echarle un vistazo al «Cadillac» accidentado. Volví sobre mis pasos en busca del teniente.

Llegué ante la puerta de su despacho, que estaba entreabierta. Antes de llamar escuché las voces del interior. La del teniente O'Toole estaba diciendo:

—No pensaste en ello, ¡Qué estupidez! Y apuesto a que al fiscal tampoco se le ha ocurrido...

Una voz desconocida gruñó:

—¡Bah! ¿Por qué preocuparse? El asunto está enterrado para nosotros. Es un caso claro. Esa muchacha está lista. Además, creo que alguien empuja al D. A. desde las alturas. Quieren que se cierre la acusación de una maldita vez.

—¿Quién empuja desde arriba?

—No lo sé. Pero andando tipos como Iben Dachs por en medio no es como para sorprenderse.

—Ya veo... ¡Maldito sea! Empiezo a simpatizar con Cameron. Me alegraré que arme un buen barullo.

Estuve a punto de pegar saltos al escuchar eso, pero me mantuve en silencio. Tal vez pudiera escuchar algo más.

O'Toole respondió a algún comentario del otro:

—¿Cameron? —exclamó—. Me produce dolor de estómago cada vez que me tropiezo con él, pero en este caso ojalá meta a la fiscalía en un brete y a ese Dachs con ella. No soporto que nos digan lo que tenemos que hacer y cómo hemos de hacerlo..., por muchos millones que anden en juego.

—Está bien, tómalo con calma. Después de todo, a nosotros eso ya no nos importa.

Comprendí que la entrevista entre los dos colegas tocaba a su fin. Entonces adelanté unos pasos y llamé con los nudillos. La voz de O'Toole aulló:

—¡Entre!

Empujé la puerta y me colé dentro. O'Toole pegó un respingo al verme, y su compañero le miró curiosamente.

—¿Qué quiere ahora? —estalló el teniente.

—Hay algo que se me ha olvidado antes, teniente...

El desconocido me interrumpió para preguntar:

—¿Quién es ése, O'Toole?

—Ese... Cameron —gruñó—. Ya le irás conociendo cuando lleves más

tiempo con nosotros. ¿Qué ha olvidado?

—Quiero un permiso para echarle un vistazo al coche accidentado.

—Ya veo...

—No creo que sea nada imposible —dije—. ¿Dónde lo tienen?

—En los garajes de la Central. ¿Para qué quiere verlo? ¿Cree que no lo hemos examinado nosotros?

—Usted, no. Y si los que lo han hecho han terminado nada impide que lo vea yo.

—Okey, le facilitaré el permiso... Eso hará saltar al fiscal hasta el techo —acabó con un gruñido.

Por lo que había escuchado, comprendía que el otro policía era quien había intervenido en el caso del accidente. Aproveché que O'Toole estaba escribiendo el permiso para examinarlo con atención. Era un hombre recio y vulgar, sin nada destacable en él, a no ser su expresión cansada. Le dije:

—¿No encontró usted nada fuera de lo común en el coche?

Me miró igual que a un bicho raro. Se encogió de hombros:

—He pasado ya mi informe al fiscal. ¿Por qué no va a preguntárselo a él?

—Gracias. Tal vez lo haga. Le hablaré también de la amabilidad de sus investigadores.

—Seguro que se alegrará...

O'Toole soltó una risita, me alargó el papel y comentó:

—Buen principio. Ahí tiene, Cameron. Pero no conseguirá nada.

—Espero que se equivoque. Y como sea así, teniente, haré tanto ruido en la Prensa que desearán haber nacido sordos. Hasta la vista.

Salí, y esta vez marché directamente al depósito de la central, donde presenté el permiso a un tipo embutido de un gastado mono de mecánico.

—¿Qué es lo que quiere encontrar en ese coche? —indagó, mientras atravesábamos la gran nave.

—Todavía no lo sé.

—¿Trabaja usted para alguna compañía de seguros?

—Algo así.

El «Cadillac» estaba arrinconado al fondo del taller. Desde luego, había recibido un buen trazo. El morro, con su exhibición de cromados, estaba empotrado dentro del bloque del motor. Las dos ruedas delanteras habían saltado, roto el eje, y no quedaba un cristal sano en todo el coche.

Permanecí unos instantes mirándolo, mientras daba la vuelta alrededor. Luego, y siempre bajo la vigilancia del mecánico, introduje la cabeza dentro y escruté los asientos, que habían saltado y estaban convertidos en un revoltijo. Distinguí manchas de sangre seca en el delantero. Las llaves colgaban en el *tablier*.

—No encontrará nada —vaticinó el empleado—. Lo han examinado pulgada por pulgada.

—Bien, por lo menos lo intentaré.

Examiné los neumáticos. Eran casi nuevos, con banda blanca alrededor. Pero lo que me interesaba de ellos en el dibujo de la pastilla, muy profundo.

Allí fue donde descubrí algo que podía tener interés más adelante. Primero vi el barro incrustado dentro de las hendiduras en una rueda trasera, y, mezcladas con el barro, agujas de pino verdes.

Permanecí unos instantes mirando aquello. El barro estaba seco, y me costó arrancar un trozo de él con algunas hojas de pinaza. El guardián se inclinó sobre mí.

—¿Qué ha encontrado? No puede usted llevarse nada sin un permiso especial.

—Tonterías. Sólo es un poco de barro. Queda más en la rueda.

—Bueno... No puede usted tocar nada.

—Pero, hombre. ¿No ve que queda más ahí?

El hombre no estaba muy seguro de esto. Miró con mucha atención el neumático y el resto de barro que quedaba en él. Pensativo, se rascó la nuca y acabó por encogerse de hombros.

—Bueno, como quiera. Pero si alguien protesta por eso diré que se lo ha llevado sin mi consentimiento.

—Perfecto.

Seguí mi examen del auto y acabé por abrir la portezuela delantera del lado izquierdo. Inclinado, metí medio cuerpo dentro y estudié cuidadosamente los dos pedales. En el acelerador no vi nada interesante, pero el gran pedal del freno estaba sucio de barro. Incluso sobre la alfombra aparecían pequeñas partículas del mismo tipo de tierra que el barro que descansaba en mi bolsillo.

Un tanto excitado, salí del coche y me encaré con el guardián:

—¿Puedo llamar por teléfono desde aquí? —pedí.

—Sí, sígame.

Me condujo hasta el aparato, Primero llamé al hospital y solicité hablar con Leola. Tras unos momentos de espera, y después de darme a conocer, pregunté:

—¿Dónde están sus zapatos, muchacha?

—¿Mis zapatos?

—Sí, los que llevaba puestos cuando se estrelló el coche.

—No lo sé... supongo que estarán aquí, en el hospital... ¿Por qué?

—¿Puede usted preguntarlo ahora mismo, Leola? Es uy importante.

—Espere...

Aguardé. Encendí un cigarrillo y fumé con impaciencia hasta que ella volvió a hablar, pasados unos minutos:

—Sí, los tienen aquí, míster Cameron.

—¿Está la enfermera en su habitación?

—Sí.

—Quiero hablar con ella.

Hubo un murmullo de voces y un chasquido. La de la enfermera indagó:

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Ha visto usted los zapatos de la muchacha herida?

—Naturalmente. Yo fui quien se los quitó y después los guardé en el despacho de recepción.

—Bien... ¿Estaban sucios de barro?

—¿Cómo? No... No recuerdo haber visto barro en ellos.

—¿Podría comprobarlo inmediatamente, señorita? Le aseguro que es algo sumamente importante.

—Bueno... Sí, aguarde...

Esperé nuevamente sintiendo crecer mi impaciencia. Pasaron los minutos, y al fin la enfermera estuvo de nuevo al habla:

—¿Míster Cameron?

—Sí, diga.

—No hay rastro de barro en los zapatos. Polvo si mucho, pero no barro.

—¿Son zapatos de tacón?

—Sí —tacones muy altos.

—¿Y no hay barro en los tacones ni en las suelas?

—Ya se lo he dicho.

—Bien, muchísimas gracias, enfermera. Hágame el favor de guardar esos zapatos en lugar seguro, que nadie pueda llegar hasta ellos. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente. ¿Tan importantes son?

—Sí:

—¿Paro la muchacha herida?

—Sí, para Leola Reíd.

—Está bien, haré cuanto pueda por ella. Nadie tocará esos zapatos.

Le di las gracias y colgué. Luego llamé a O'Toole. Cuando lo tuve al habla le dije desde dónde le hablaba y le pregunté si podía venir inmediatamente.

—¿Ir ahí? —gruñó—. ¿Para qué? Todo esto no es asunto mío...

—Pero es asunto estrictamente de la justicia. Necesito un testigo y...

—No cuente conmigo. Si se enterase el fiscal me colgaría de la lámpara de su despacho.

Ahugué una maldición y grité:

—¡Eso es lo que obtengo cuando pido colaboración a la policía! Bien, teniente, lo recordaré.

Colgué el aparato bruscamente y me lancé a llamar a todos los lugares donde era posible encontrar a Terry Fisher, el reportero del *Tampa Sun* que ya había intervenido en otros asuntos conmigo. Finalmente lo localicé en

el bar habitual de la gente de pluma.

—¿Qué pasa, Max? —gruñó—. ¿Tienes algo para mí?

—Posiblemente, aunque de momento necesito que me sirvas de testigo. ¿Puedes venir ahora mismo al depósito automovilístico de la central?

—Seguro, Max.

—Bien, tráete un fotógrafo contigo. Y date prisa. Si me descubre el fiscal me apartará de aquí con un par de puntapiés.

Colgó sin una palabra.

Sólo podía esperar. El guardián me contemplaba con desconfianza. Le ofrecí un cigarrillo y traté de desvanecer su suspicacia.

—Eso de trabajar para los seguros es algo insoportable —me quejé.

—Más aburrido es mi trabajo...

—Bueno, pero por lo menos es seguro. El nuestro en cambio...

Sacudió la cabeza con cierta simpatía, Ya no volvimos a hablar hasta que llegaron Terry y un joven fotógrafo de la plantilla del periódico.

—¿Qué has encontrado? —quiso saber Terry.

—Quiero que el fotógrafo saque unas placas de una rueda trasera de ese coche, la que está sucia de barro. Fotos muy claras, en las que pueda distinguirse el barro y las hojas de pino. Luego, otras fotografías del pedal del freno, en las que se vea el barro que lo ensucia y el que hay sobre la alfombrilla. ¿Comprendido?

El fotógrafo sonrió:

—No es difícil...

—Pues manos a la obra.

Terry me llevó a un lado, indagando:

—¿De qué se trata, Max?

—Verás... ¿Has oído hablar sobre un accidente en que murieron dos personas?

—No... Por lo menos no lo recuerdo.

Le conté rápidamente el caso, y lo rápidamente que el fiscal llevaba los trámites para procesar a Leola. Cuando terminé, él quiso saber:

—¿Crees tú realmente que alguien acompañaba a esa mujer?

—Sí.

—Bueno, explícame ahora qué importancia tiene ese barro.

—No sé todavía si tendrá importancia o no, pero por lo menos me permitirá ganar tiempo. El fiscal se verá obligado a frenar, ¿comprendes? Tendrá que ordenar nuevas investigaciones en otro sentido. Mientras, es posible que yo descubra algo, algún dato para los abogados de esa muchacha...

—¿Pretendes encontrar al hombre que conducía el coche?

—Sí.

—Pero eso del barro no es nada definitivo...

—¿Crees que no lo sé? Sin embargo, es lo único que tenemos. Además,

los zapatos de Leola Reid no contienen ni un gramo de barro de ninguna clase.

Pensó sobre eso. Después masculló:

—Tampoco tiene mucha consistencia, pero ya es un punto.

—Naturalmente.

—Aunque el barro podía estar allí mucho antes de robarse el coche.

—No lo creo. Ese coche es de los que siempre están cuidados y limpios. No me extrañaría que estuviera a cargo de un chofer. No, Terry; ese barro ha sido encontrado ahí después de robar el coche.

—Bien, ¿qué pretendes sacar a relucir con eso?

—Escucha... En el depósito había cuarenta y dos litros de gasolina cuando la policía se hizo cargo del «Cadillac». Aun suponiendo que el que lo conducía hubiese llenado el depósito antes de partir, forzosamente tiene que haber repostado después. ¿Comprendes?

—Sigue. Esto empieza a ponerse bueno.

—Bien. Imagina que el empleado de algún surtidor recuerde haber llenado el depósito de este coche. Sabremos entonces quién lo conducía, por lo menos si era hombre o mujer, y qué ruta llevaba. Y el barro y las agujas de pino nos indican que estuvo recorriendo alguna carretera de montaña. No se encuentra barro y pinaza en plena autopista.

—Ya veo... Y ahora creo que has encontrado algo bueno para hacer saltar al fiscal. ¿Qué quieres que haga yo?

—Escribe un artículo poniendo todo esto de manifiesto, rodeándolo con un poco de *suspense*, recalcando la humilde posición de la muchacha... ya me entiendes. Busca la fibra sensible del público, y delata la ligereza de la policía y el fiscal, que ni siquiera han tomado en cuenta la declaración de Leola Reid, lanzándose a una acusación basándose en pruebas que no llegan ni a circunstanciales. Y, eso es importante, haz hincapié en que alguien muy importante parece estar acuciando a la fiscalía para procesar a la muchacha a toda velocidad y cerrar el caso. Puedes dejar en el aire la pregunta de quién es esa influyente personalidad. Eso siempre causa efecto.

—Comprendo... El D. A. estallará como un globo.

—Eso es lo que quiero para ganar tiempo.

—Lo haré. Pondré bastante humanidad en el asunto... El pez gordo cebándose sobre la indefensa muchacha falta de recursos para defenderse... Y un solitario detective privado luchando contra todos para librarla de la falsa acusación...

—Eso me gusta.

—Oye... ¿Es seguro que alguien la acompañaba? No vayamos a resbalar.

—Estoy convencido, Terry. Ya me conoces.

—Okey. ¿Puedo publicar esas fotos?

—Naturalmente. Y una declaración jurada que firmarás tú, el fotógrafo y yo mismo conforme ese barro está en el «Cadillac» en este día y a esta hora.

Terry asintió. Los fogonazos del fotógrafo destellaban de vez en cuando. El encargado del garaje se mostraba bastante inquieto, pero acariciaba en su mano el permiso firmado por O'Toole, el cual le relevaba a él de toda responsabilidad.

Cuando el fotógrafo terminó, salimos de allí a toda velocidad.

Terry redactó la declaración, la firmamos todos y él comentó:

—Publicaré una fotocopia de este documento... eso siempre causa efecto.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo encontrarte más tarde?

—Estaré en la redacción hasta que las máquinas se pongan en marcha. Después ya sabes dónde encontrar a un reportero sediento.

—Lo sé. Te llamaré si encuentro algo más.

Salí del despacho de Terry, salté al coche y emprendí la ruta del norte, rumbo a Leesburg.

CAPITULO IV

La carretera estaba despejada, de manera que apreté el acelerador y lancé el coche a setenta millas. Mientras la autopista se deslizaba bajo las ruedas cual una serpiente viva, mis ojos recorrían el paisaje a ambos lados. La vegetación se extendía hasta perderse en las colinas primero y en las altas montañas al fondo, tan lejos que se confundían con el azul brillante del cielo. Pero no había pinos en esa región semipantanosas.

No detuve la marcha hasta Dade City, donde comí apresuradamente, y reanudé el viaje a toda velocidad.

Mediaba la tarde cuando entré en Leesburg, una ciudad pequeña y atractiva, al borde del gran lago. Recorrí las calles despacio, diciéndome que me faltaba tiempo para dedicarme a la búsqueda del Anthony que había llevado a Leola en su coche.

Antes de abandonar Leesburg detuve el coche y consulté el mapa de carreteras. La general seguía hacia el norte, pero a mí, entonces, me interesaban las secundarias que se internaban en los montes. Todavía no divisaba bosques de pinos.

Decidí seguir la autopista hasta Wildwood, Según el mapa, a partir de ahí surgían varias carreteras de montaña que se elevaban entre bosques.

Atravesé Wildwood sin detenerme, y a cosa de dos millas después descubrí la primera de ellas, a la derecha. Reduje la marcha y me interné por ella.

La carretera serpenteaba por entre riscos y se elevaba, sinuosa, hundiéndose en el verde resplandeciente de la vegetación. El sol del atardecer ponía destellos en las copas de los árboles, formando manchas de sombra en las profundidades del bosque.

A medida que la carretera se elevaba el aire era más fresco. Y empezaban a aparecer gigantescos pinos.

De pronto, a cierta distancia, apareció una nube de chispas luminosas, brillantes como gemas al arrancarles el sol toda su belleza. La cascada saltaba desde unas inmensas rocas y se desplomaba, rugiendo, al fondo de un valle donde nunca debía llegar el sol. Era un espectáculo sobrecogedor, y detuve el coche para contemplarlo. Después, avancé despacio hasta llegar frente a la catarata. Vi que saltaba desde las alturas, y hasta mi llegó el aire impregnado de humedad, trayéndome chispas de agua que en

menos de un minuto empañaron el parabrisas. Detuve el motor, salté fuera del auto y contemplé los alrededores.

La carretera estaba empapada de agua, pero no había barro. Sin embargo, sí había agujas de pino en gran cantidad.

Eché a andar, notando en el rostro la humedad que impregnaba el aire. Anduve unos doscientos metros y allí me detuve.

Barro.

Y agujas de pino por todas partes.

Quedé inmóvil, contemplando el espectáculo. El barro procedía de la tierra que las lluvias habían desgajado de la margen derecha de la carretera. Había huellas de neumáticos allí, alejándose en ambas direcciones hasta secarse y perderse.

Tomé una muestra del barro y pinaza, y con él en la mano regresé al coche. Era imposible a simple vista identificar si alguna de aquellas huellas pertenecía al gran «Cadillac».

Envolví el barro en un pedazo de trapo y lo metí en el departamento de los guantes. Analizándolo, podría saber si era del mismo que ensuciaba la rueda del coche accidentado.

Regresé atrás, maravillado por la belleza del paisaje. Las umbrías profundidades de los bosques ofrecían un maravilloso refugio para cualquiera que quisiera pasar una temporada tranquilo, lejos de la agitación moderna. Uno se imaginaba que de un momento a otro iba a aparecer una partida de pieles rojas, los primeros pobladores de ese paraíso.

La noche me sorprendió en plena carretera general. Ya tenía algo más con que inquietar al fiscal.

A cosa de una milla antes de llegar a Wildwood distinguí el resplandor de las luces cambiantes de un anuncio. Supuse que pertenecían a la estación de servicio que había visto cuando llevaba dirección norte y allí conduje mi cacharro con la esperanza de que la suerte siguiera favoreciéndome.

Después de todo, pensé, cuando el «Cadillac» pasó por esta carretera con dirección a Tampa, debió hacerlo casi a esta misma hora. Y si venía de la carretera de las montañas no podía haber encontrado otro surtidor más que éste.

El empleado se acercó sin muchas prisas.

—Llénelo —ordené, saliendo del coche.

Esperé a que terminara de hacerlo antes de hablar. Lo hice en el momento de pagarle el importe de la gasolina. Dije:

—¿Es usted el dueño, amigo?

—¿Yo? Qué más quisiera...

—En ese caso imagino que le gustaría ganarse diez dólares extra—.

¿Me equivoco?

—Es usted adivino.

—¿Qué tal está de memoria?

Sonrió astutamente.

—Por diez dólares puedo hacer milagros con mi memoria, amigo. ¿Qué anda buscando?

—Ayer, más o menos a esta misma hora, pasó por aquí un «Cadillac» en dirección a Tampa. Era un coche abarrotado de extras y cromados, usted ya sabe, de esos que relucen por todos lados... ¿Recuerda si se detuvo aquí para poner gasolina?

—Un «Cadillac» ...

—Sí.

Arrugó el entrecejo. Me abstuve de mencionar el color del coche.

El mecánico gruñó:

—Pasan muchos coches al cabo del día...

—Pero usted estaba de servicio a esta hora, ¿no?

—Sí, pero... Espere —exclamó—. Un «Cadillac» negro».

—Ese era el color. ¿Se detuvo aquí?

—Sí; llenó el depósito.

—Ajá. ¿Recuerda quién lo conducía?

—Un hombre.

—¿Iba solo?

—Completamente solo. Y le diré que no me gustó en absoluto.

—Creo que hasta ahora vamos bien —comenté, satisfecho—. Siga hablándome de él.

—Era uno de esos tipos engreídos, que dan órdenes como si todo el mundo estuviera a su servicio. ¡Vaya con el tipo! Ya lo creo que lo recuerdo. Tuve que limpiarle medio coche antes no se dio por satisfecho. Y total, para soltar veinticinco centavos de propina, después del trabajo que me dio.

—¿Cómo iba vestido?

—Pantalón gris... Sí, eso es, gris. Y americana más clara. Uno de esos trajes deportivos.

—¿Y la camisa?

—Blanca. Y no llevaba corbata, sino un pañuelo de colores anudado al cuello.

Saqué diez dólares y se los entregué. Ahora ya no cabía duda de que Leola había dicho la verdad.

—¿Reconocería usted a ese hombre si volviese a verlo?

—Sin duda alguna. Su pinta no se me borrará en mucho tiempo.

—En ese caso, tal vez algún día pueda usted ganarse un centenar más de machacantes, si puede identificarlo.

Entré en el coche y puse en marcha el motor. El mecánico metió la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Lo busca usted acaso?

—Sí.

—Tal vez vuelva a pasar por aquí alguna vez...

El tipo estaba dispuesto a ganarse el centenar de pavos anunciado.

—Está bien —dije, entregándole una de mis tarjetas—. Si lo ve, llámeme a cualquiera de estos números. Uno es de mi oficina y el otro del apartamento. Si va en algún coche anote la matrícula y trate de sonsacarle su punto de destino. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Oh, sin duda. Si vuelve a pasar por aquí no se me escapará. Por cien dólares soy muy capaz de pincharle los neumáticos para ganar tiempo.

—Lo creo.

Me alejé del poste sintiéndome francamente satisfecho. Me gustaría ver cómo explicaba O'Toole el que tanto el empleado de la estación como Leola describieran al mismo hombre, si era la muchacha quien había robado el coche.

Lo primero que hice en cuanto llegué a la ciudad fue llamar a Terry a la redacción. Me dijeron que había salido unos minutos antes.

Bien, ya sabía dónde encontrarle.

El tugurio de costumbre estaba abarrotado cuando entré. El humo que flotaba en la atmósfera podía cortarse con un cuchillo.

Terry discutía acaloradamente con dos de sus colegas, en un extremo de la barra. Por lo visto, la discusión versaba sobre la opulencia de cierta señora que favorecía a Terry de una temporada a esta parte. Los otros opinaban que no era nada extraordinario, y el reportero defendía a capa y espada su propiedad.

Noté que llevaba suficiente *whisky* en el cuerpo como para emprender cualquier empresa. Esperé a que me viera antes de dirigirle la palabra.

—¿Qué demonios estabas discutiendo? —pregunté.

—Nada... Ese par de búhos, que en su vida han visto una mujer lo bastante cerca para saber cómo son. ¿Qué has encontrado?

—Creo que mucho. ¿Qué me dices de tu artículo?

—En máquinas. Al fiscal le saltarán las lágrimas en cuanto lo lea.

—¿Alguna dificultad con tu jefe?

—¿Con ese pirata? Al contrario. Lo que él quiere es eso precisamente; algo que haga ruido.

—Bien, seguiremos dándole gusto. Escucha. La policía ha negado siempre que Leola Reid fuese acompañada en el coche. No ha querido dar crédito alguno a su historia. Ahora bien, ella describe al tipo que conducía el «Cadillac» con pelos y señales, casi le hace el retrato. ¿Comprendes?

—Hasta aquí, sí.

—Pues he encontrado a un mecánico que lo describe exactamente igual. Un muchacho que trabaja en una estación de servido al otro lado de Wildwood. Dice que el tipo del «Cadillac» hizo llenar el depósito, exigió

que le limpiase el coche y le dio veinticinco centavos de propina. ¿Te das cuenta de lo que puede significar eso?

—¿Qué si me doy cuenta?

Miró su reloj y pegó un brinco.

—Todavía puedo ¿agarrar a tiempo. ¿Tienes ahí tu coche?

—Sí.

—Pues andando. Llévame a la redacción. Es posible que pueda alcanzar la primera edición, y si es así el artículo estará completo para hacer saltar a toda la fiscalía en peso.

Conduje el coche sin preocuparme de las ordenanzas sobre tráfico. Durante el trayecto, Terry murmuraba de vez en cuando, redondeando en su mente lo que iba a escribir. Al final comentó:

—Me gustará saber cómo justifica la policía este hecho... Si esa chica miente, ¿cómo conoce tan bien al fulano ese? No hay duda de que fue él quien puso la gasolina. Un tipo no llena el tanque para recorrer solamente diez millas y abandonar allí el coche...

—Tú escribe todo eso, y ponle suficiente dinamita para que explote ante las narices del D. A.

Terry se quedó en la redacción y yo seguí adelante. Todavía quedaba algo por hacer antes de terminar la noche. Y, aunque no era nada que me agradase, era lo mico que podía ayudarme en la faceta del caso que más me intrigaba.

El teniente O'Toole se preparaba para salir de la Central cuando llegué allí. Abrió unos ojos como platos al verme.

—¿Sabe usted la hora que es, Cameron? —refunfuñó.

—No me lo recuerde. ¿Tiene usted algo que hacer, teniente?

—Claro que tengo que hacer. Acaban de llamarme ¿Qué le pasa a usted? ¿No puede dormir?

—Sus sarcasmos no harían mella ni en un niño. ¿Podemos hablar ahora, o tendré que esperar a que regrese?

—Puede acompañarme si quiere y hablamos durante el camino, suponiendo que sea importante lo que tiene que decirme.

—Es importante.

—Bien, venga conmigo.

Me llevó con él hacia el coche policíaco, que esperaba con la portezuela abierta. Dentro, aparte del conductor, estaba ya el sargento Cass Crane y otro agente uniformado.

Tan pronto entramos, el coche saltó hacia adelante y salió disparado con la sirena aullando escandalosamente.

—¿Qué diablos es eso, teniente? —exclamé—. ¿A qué tanta prisa?

—Un asesinato en alguna parte. Veamos qué es lo que quiere usted. A propósito. ¿Qué demonios era eso de mí testimonio en el garaje?

—Eso está solucionado. Ya tendrá noticias de lo que quería. Pero ahora

se trata de otra cosa.

—Está bien, hable.

—Voy a contarle a usted lo que he averiguado respecto al tipo que conducía el «Cadillac». Después le expondré mi idea...

Me escuchó en silencio, con la mirada perdida y los ojos entrecerrados. Mis nervios estaban atirantándose extraordinariamente a causa del chillido de la sirena y los violentos bandazos del coche, lanzado a una marcha loca. Pero llegué al final de mi relato, demostrándole a O'Toole que el hombre del coche era el mismo que describía tan bien Leola.

Cuando callé para cobrar aliento él preguntó:

—¿Por qué me cuenta a mí todo esto?

—Lo comprenderá enseguida. En esa carretera de montaña de la que le hablé, he hallado muestras de barro y agujas de pino. Voy a hacer que las analicen para ver si son iguales que las encontradas en la rueda del «Cadillac». De ser así, quedaría casi demostrado que el coche anduvo por aquellos parajes. Ahora bien, una usted eso a la frase del tipo que lo conducía, cuando dijo que ya estaba harto de andar por los bosques, y tendremos que el individuo estuvo un día entero allá arriba. ¿Por qué?

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Le apuesto doble contra sencillo a que, sea lo que sea que haya hecho allí ese hombre no es nada limpio. Aquellos montes están llenos de cabañas de fin de semana. La policía podría intentar descubrir qué estuvo haciendo allí el conductor del coche...

—Frene, Cameron —me interrumpió bruscamente—. ¿Pretende que investigue yo este asunto?

—No; ya sé que aquello queda fuera de su jurisdicción. Pero usted puede hacer que la policía o el *sheriff* del condado lo haga.

—Está usted completamente loco.

—¿Por qué?

—Porque no puedo hacerlo, Cameron. No tengo nada en qué basar esa investigación ni para pedirla. Es más: Si lo intentase, el fiscal me barrería de un manotazo. ¿Olvida que para él el caso está cerrado y a punto de procesamiento? Sería como si yo buscara pruebas para hacerle fracasar.

—Buscaría usted pruebas para hacer justicia...

—Pierde el tiempo, Cameron. No voy a intentarlo siquiera.

Sentía la ira adueñarse de mí. No pude contenerme y le solté:

—Okey, teniente. Esta es la última vez que recurro a ustedes. Me he convencido de que ni usted ni el fiscal buscan el culpable del delito, sino un desgraciado cualquiera al que cargar con el paquete, para ganarse los laureles de un juicio fácil. Muy bien, de ahora en adelante no se queje de lo que ocurra.

—No me quejo de nada.

—Ya se quejará.

El coche dobló una esquina sobre dos ruedas y se detuvo casi al instante. O'Toole saltó primero y me esperó en la acera, mientras el sargento y el agente de uniforme se acercaban a una casa, ante cuya puerta un grupo de curiosos alargaban el cuello.

El teniente murmuró:

—Aquí nos separamos, Cameron. Haga usted lo que haga, tropezará con la fiscalía y le harán pedazos. Y si tropieza conmigo... bien, tal vez pueda ajustarle las cuentas.

—Tal vez... Supongo que eso es lo que usted llama colaboración.

—Ya nos veremos.

Me dejó allí, plantado como un poste, y él se perdió entre la gente tras los pasos del sargento.

Encendí un cigarrillo para calmar un poco los nervios. Ni siquiera me entretuve en averiguar qué había sucedido allí. Di media vuelta y busqué una farmacia desde la que llamar por teléfono.

Terry seguía en la redacción, dando los últimos toques a su reportaje.

—¿Puedes indicarme algunos de los locales que controla Hewitt, el dueño del «Cadillac» robado?

—Espera —dijo—. Creo que el dueño es alguien llamado Iben Dachs, ¿no es así?

—Sí.

—Aguarda.

Esperé con el auricular pegado al oído. Pasaron tres o cuatro minutos antes no escuche de nuevo su voz:

—El más cercano a la ciudad es el «Flamingo», en la carretera de la costa entre Dunedin y Clearwater... Un restaurante de lujo, con baile y todo lo demás. ¿Piensas ir allí?

—Sí.

—Suerte. Yo termino en unos minutos.

—Gracias, plumífero. Ah, por si te interesa, el teniente O'Toole está trabajando en un asesinato. No he visto periodistas por allí. Podrías ganarte una medalla si te adelantas.

—¡Atiza! ¿Dónde se ha cometido ese crimen?

Le dio la dirección y colgué. Ya tenía algo más que hacer antes de meterme entre sábanas.

CAPITULO V

El «Flamingo» estaba instalado en lo que, años atrás, había sido una lujosa residencia estilo colonial, con un inmenso porche sostenido por gruesas columnas, ventanas francesas y extenso parque. La iluminación debía haber costado una fortuna, por cuanto todo el inmenso jardín era una ascua de luz sin que uno pudiera descubrir de dónde procedía.

Cuando estacioné el coche comprendí que aquello era un gran negocio. Había un centenar de autos en la gran explanada de cemento.

Al acercarme al edificio percibí las apagadas notas de la orquesta. Algunos de los ventanales estaban abiertos, y a través de ellos llegaba el rumor de conversaciones, la música, y hasta diría que el aristocrático ambiente...

El portero me examinó de arriba abajo con ojo crítico. Aunque su opinión sobre mí no debió ser muy satisfactoria, no dejó traslucir sus impresiones. Me dedicó una inclinación de cabeza y me dejó pasar.

Busqué el bar y pedí un *whisky*, imaginándome lo que costaría. Cuando lo tuve ante mí, y antes de beber, le pregunté al mozo:

—¿Está por aquí míster Hewitt?

—Sí, señor.

—¿Podría decirle que deseo hablar con él?

Vaciló. Luego murmuró:

—Mandaré a alguien... ¿Quién le digo que pregunta por él?

—Mi nombre es Cameron.

Se alejó. Tuve tiempo de vaciar el vaso a pequeños sorbos y fumarme un par de cigarrillos antes de recibir respuesta. Se acercó un camarero, se inclinó hacia adelante en una reverencia casi versallesca, y murmuró:

—¿Míster Cameron?

—Sí.

—Míster Hewitt le recibirá, señor. Tenga la bondad de seguirme.

Imagino que se esperaba de mí que diera gritos de agradecimiento por el favor que me hacía el gran hombre, condescendiendo a recibirme. Me limité a seguir al camarero, dándome cuenta de que la clientela estaba compuesta por esa clase de gente que aparece frecuentemente fotografiada en las revistas especializadas en los chismes de sociedad. Se respiraban los millones.

Entré en un despacho tan impresionante como el resto del local. El camarero cerró silenciosamente la puerta y me encontré mirando a mi hombre. Valía la pena verlo. Frisaría en los cincuenta años, era robusto sin ser gordo, y de él se desprendía cierta sensación de energía casi violenta. Un gran tipo.

—¿Deseaba usted verme? —preguntó.

Tenía una voz suave, pero no carente de autoridades. Estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

—Sí.

—Siéntese —invitó—. ¿Qué puedo hacer por usted, míster Cameron?

—He venido para hablarle del coche que le fue robado...

Creí percibir cierto sutil cambio en él, como si se pusiera en guardia, aunque no fue nada declarado. No pasó de una impresión.

—¿Mi «Cadillac»? —dijo, arrugando el entrecejo—. Creo que este asunto está completamente liquidado por lo que a mí respecta. La Compañía de seguros se encarga de todo lo relativo al accidente.

—Precisamente. Pero lo que yo deseo saber sólo usted puede aclarármelo.

—Antes de continuar esta conversación, míster Cameron, deseo saber quién es usted, cuál es su interés en el asunto y por cuenta de quién trabaja. Supongo que comprenderá mi posición...

—Perfectamente. Mi nombre completo es Max Cameron, detective privado. Trabajo por cuenta de la señorita Leola Reid y de sus abogados.

—Ya veo —sonrió, muy educado, muy seguro de sí mismo—. Con palabras llanas, usted trabaja para los intereses contrarios a los míos.

—No lo veo yo así. A usted le fue robado el coche, según lo denunció. En cuanto a los desperfectos sufridos por el vehículo, el seguro responderá por ellos. Realmente, a usted no le importa quién sea el responsable del accidente, ¿no es así?

—Siga.

—Bien, yo creo que Leola Reid dice la verdad y que quien conducía el coche era un hombre. He conseguido ya algunas evidencias que me afirman en ese convencimiento. Ahora quiero encontrar a ese hombre.

—¿Y cree que yo puedo ayudarle?

—Tal vez.

—Lo siento.

—¿Cómo?

—No puedo hacer nada por usted. Nada... en absoluto.

—¿Por qué?

—No sé nada. Mis obligaciones me absorben, me ocupan por entero. No sé una palabra del robo, ni de quién conducía el coche. En realidad, quien descubrió el robo fue mi chófer. El dio la alarma.

—Comprendo. ¿Dónde está ahora ese chófer?

—No lo sé. Le di unos días de permiso mientras estaba sin coche. Unas cortas vacaciones, ¿comprende?

—Y muy oportunas —solté.

Su actitud cambió.

—No le comprendo. Pero no tiene importancia. Si eso era todo lo que tenía que decirme...

—No es todo —le atajé, levantándome—. Hay algunas cosas más que quiero decirle antes de irme, míster Hewitt, y la primera de ellas es esta: Yo no creo en el cuento ese del robo.

Sus mejillas adquirieron un vivo color rojo.

—¿Pretende llamarme embustero? —estalló.

—No. Pero todo este asunto huele a cuento a mil millas de distancia. Nadie es tan idiota como para robar un coche como este solamente para dar un paseo. Sabe que le cazarán en menos que canta un gallo. Y nadie roba tampoco semejante coche, llena por completo el depósito de gasolina, y lo abandona a continuación. Eso entre otras cosas.

—Empiezo a comprender que...

—Espere —volví a interrumpirle—. Hay algo más. Algo que, con mi experiencia, es infalible.

—Creo que usted está loco, maldito sea.

—Tal vez. Tan loco como para ver una conexión entre alguien poderoso e influyente y la fiscalía. Tan influyente, que el fiscal se apresta a procesar a una pobre muchacha tratándola peor que si hubiera cometido un asesinato en primer grado, todo ello empujado por alguien. No creo que ese alguien sea el que robó el coche.

Toda la suave educación del hombre se había esfumado. Estaba pálido y sus ojos centelleaban.

—¿Cree que soy yo quien aprieta al fiscal?

—Podría serlo, aunque lo dudo. Sin embargo, le aseguro que sacaré a luz cuanto haya de sucio en este asunto. A propósito ¿posee usted alguna cabaña en los montes de Wildwood?

Respingó en su asiento. Durante unos instantes no habló, pero sus ojos fueron más que elocuentes. Comprendí que había dado con algo, aunque no podía saber entonces de qué se trataba.

Al fin dijo casi a gritos:

—No poseo ninguna cabaña en ninguna parte, puede usted confirmarlo si consigue un informe de la Oficina de la Propiedad. Y empiezo a creer que lo que usted anda buscando es implicarme a mí para salvar a esa mujer que causó el accidente. Si es así, míster Cameron, no tardará en comprender cuán equivocado está. Mis abogados se encargarán de...

—Ahórrese el discurso. Se necesita algo más que un abogado para apartarme de una pista, cuando me lanzo tras ella. Buenas noches, míster Hewitt.

Había llegado casi a la puerta cuando él encontró de nuevo la voz:

—Espere —ordenó.

—Pierde el tiempo. Yo no soy uno de sus versallescós empleados. Se necesita algo más que un vozarrón y buenas maneras para sujetarme. Le aconsejo que lea el *Tampa Sun* cuando aparezca por la mañana.

Salí sin esperar sus comentarios.

Mientras conducía de regreso a la ciudad iba pensando en la impresión causada en Hewitt por mi pregunta relativa a la cabaña. Allí había algo, y mi primer trabajo sería descubrirlo.

Dejé el coche en la calle y me acosté, rendido. Tuve un mal sueño y me levanté por la mañana con una cabeza pesada y dolorida. Necesité gran cantidad de café y tres aspirinas para despejarla.

Luego salí en busca del periódico y leí el reportaje de Terry, dándome cuenta de la dinamita que contenía. Incluso pensé que tal vez el reportero había llegado demasiado lejos. Aquello era suficiente para levantarle ampollas al fiscal.

Imaginé al teniente O'Toole leyendo aquello. Pensé si se alegraría, ya que él no sentía maldita la simpatía por el D. A.

Después guardé el diario y localicé a un químico analista. Le mostré el barro recogido en la montaña y el obtenido de la rueda del «Cadillac», y le dije lo que quería.

—Eso es relativamente fácil —afirmó—. Esta tarde podré darle el resultado.

—¿Sin que quepa duda alguna sobre su opinión?

—Ninguna duda. ¿Es algo tan importante?

—Es algo más que importante.

—Podrá presentar mi análisis ante cualquier tribunal. Esa es mi mejor garantía.

—Perfectamente. Vendré a la tarde.

Del laboratorio del químico marché a la Oficina de la Propiedad y perdí media hora en consultas, solo para averiguar que lo que yo deseaba saber tenía que preguntarlo en Wildwood, ya que aquellas montañas pertenecían a ese condado.

Por último, me encerré en mi oficina, coloqué la chaqueta en el perchero, aflojé el nudo de la corbata y me dediqué a pensar en el embrollo. Necesitaba encontrar algo lo bastante consistente para echarle en cara al fiscal, algo que cualquier abogado listo pudiera convertir en una prueba capaz de librar a Leola Reid de su atolladero.

Estaba pensando en todo esto cuando el teléfono empezó a escandalizar. Lo descolgué.

—Cameron, al habla —dije.

—¿Ha leído usted el periódico, Cameron? —preguntó el teniente O'Toole.

—De arriba abajo.

—¿Imagina lo que sucederá ahora?

—Mi imaginación no llega tan lejos. Además, tengo otras cosas en que pensar.

—He visto al D. A. esta mañana.

Soltó una risita.

—¿Y qué? —pregunté para darle gusto.

—Se subía por las paredes, se mordía los puños y estaba ya eligiendo el cementerio ideal donde enterrar la licencia de un detective privado.

—¿Algo más?

—Sí, tipo listo. Esta vez voy a darme el gustazo de acabar con sus manejos.

—¿Cómo piensa hacerlo, O'Toole?

—Pronto lo verá. Voy a trabajar con la fiscalía en este asunto.

—Comprendo. Los lobos se reúnen. Ya sabrá de mí, teniente.

Colgué el teléfono bastante preocupado. De todas formas, estaba dándome cuenta de que O'Toole no parecía furioso ni mucho menos. Estaba por apostar que le satisfacía las dificultades del D. A.

Leí otra vez el reportaje. Terry había tenido el buen gusto de no mencionar mi nombre en su escrito; solamente hablaba del investigador privado que trabajaba para la indefensa muchacha herida. Todo muy calculado, incluso los detalles referentes al barro eran expuestos de manera que cualquiera podía pensar que constituían una prueba firme...

El barro.

Se había convertido en una pesadilla para mí.

Y de pronto pugué un salto y me llamé estúpido en catorce idiomas.

Había barro en el pedal del freno, lo cual indicaba que el conductor tenía que haberlo pisado. Eso era tan claro como la luz. Y hasta entonces no se me había ocurrido reflexionar sobre este punto, obsesionado en proporcionar quebraderos de cabeza a la fiscalía.

Agarré la chaqueta y salí como una tromba. Dos minutos después, mi coche volaba rumbo a las montañas, a tal velocidad que el viento aullaba azotando la carrocería.

Durante todo el viaje, realizado a velocidad totalmente prohibida, estuve dándole vueltas al pensamiento que me había lanzado fuera del despacho. Ahí era donde podía estar la pista definitiva.

Pasé Leesburg como un rayo y no me detuve ni en el garaje donde había conseguido los informes el día antes. Mi primera parada fue en Wildwood, delante de la Oficina de la Propiedad.

Quince minutos más tarde salía de allí sin ocultar mi contrariedad. No había ninguna cabaña, ni ningún refugio de montaña propiedad de George Hewitt.

De nuevo en marcha, me interné por la empinada carretera de la

montaña, hundiéndome de nuevo en el maravilloso paisaje cubierto de pinos y donde el sol de la mañana ponía sinfonías de luz y sombra en la espesura.

Detuve el coche junto al barro descubierto en mi anterior visita. Sin apartarme, busqué huellas de pies en el charco. No distinguí ni una. Bien, todavía podía haber una esperanza.

Reanudé la marcha en primera, despacio y con los ojos clavados en el camino. Volví a detenerme una vez rebasado el charco de barro y entonces me apeé.

Comencé a andar de un lado a otro, hasta que me interné entre los árboles encaramándome por el terraplén del que se había desprendido la tierra. Naturalmente, el suelo estaba tan húmedo que los pies dejaban profundas huellas, que la pinaza disimulaba enseguida. Pero no se adhería barro en los zapatos.

Mi rodeo me llevo unos doscientos metros más arriba del camino. Y allí fue donde descubrí la cabaña. Un sendero lo bastante ancho para permitir el paso de un coche llegaba hasta ella, y comprendí que ese sendero nacía en la carretera, un poco más arriba de donde, yo había dejado el coche.

Bien; no voy a ocultar que experimenté una alegría al ver la lujosa cabaña de madera, pero más satisfecho me sentí al acercarme, ya que en la parte delantera de la construcción, frente al porche de madera rústica, el barro estaba fresco, alimentado por la continua llovizna producida por la cercana cascada.

Rodeé la parte encharcada. A simple vista se distinguían las huellas de unos neumáticos, especialmente de uno de ellos, por cuanto el coche se había detenido al borde del barrizal. Pero la huella marcada tan claramente era profunda y el dibujo de la pastilla estaba clarísimo.

Me acerqué allí y no cesé de examinarlo hasta descubrir las huellas de unos pies acercándose a la casa. Eran lo bastante profundas para estar claramente visibles. Incluso me extrañó que lo fueran tanto. El barro no parecía estar tan líquido como para eso.

Satisfecho por lo descubierto, subí los escalones del porche y empujé la puerta. Estaba cerrada, así como las ventanas, que tenían las cortinas corridas. Sin embargo, yo estaba decidido a entrar para averiguar a quién pertenecía la construcción.

Una ganzúa facilitó el trabajo. Abrí la puerta y entré. El interior estaba casi a oscuras, por lo que descorrí las cortinas. Vi cuán lujoso era todo lo que contenía. Tanto los muebles como los adornos eran de calidad, delatando la mano de un decorador que no se detenía ante los gastos.

Sobre la mesa había un cenicero con alguna ceniza de tabaco en él, aunque no se veían colillas en ninguna parte. Seguí recorriendo el interior. Todo estaba ordenado, cubierto por una leve capa de polvo, indicando que desde tiempo atrás la cabaña no era utilizada.

Abrió otra de las puertas, que conducía a un pequeño dormitorio equipado con dos literas superpuestas. Todo ordenado también, aunque la escasa luz que llegaba allí dentro no permitía ver los detalles.

Ya iba a retroceder, cerrando la puerta, cuando me quedé inmóvil, petrificado y sintiendo algo semejante al terror subirme a lo largo de la espina dorsal.

Noté un temblor en las piernas. Intenté moverme y no pude, mientras mis ojos casi me dolían por el tremendo esfuerzo de penetrar la oscuridad, clavados en la litera inferior... en la que había alguien tendido y cubierto por una manta.

Finalmente, y con un esfuerzo, saqué el «38» de la funda y avancé silenciosamente. El cuerpo permanecía tan inmóvil que producía escalofríos. Empecé a darme cuenta que no necesitaba revólver para nada.

La manta cubría hasta la cabeza. Alargué el brazo y empujé al durmiente con el cañón del revólver. No obtuve resultado. El cuerpo yacía de lado, dando cara a la pared. Me decidí a descorrer la manta, para verle la cara.

Estuve a punto de chillar. «Aquello» había sido una mujer. Ahora no era otra cosa que un monstruoso revoltijo de sangre, cabellos y masa encefálica. Visto todo ello a la escasa luz reinante fue incluso demasiado duro para mí, acostumbrado al espectáculo de la muerte. Dejé caer la manta y me aparté, tambaleándome como un borracho.

Guardé el revólver y traté de serenarme. Tardé cierto tiempo en lograrlo. Y entonces dediqué mi atención a recordar los lugares que había tocado con las manos desnudas, lugares que limpié cuidadosamente con el pañuelo.

Salí una vez terminado este trabajo. El aire me despejó, pero lo que yo necesitaba se encontraba en el coche, de manera que fui hasta él, busqué la aplanada botella y eché un largo trago que ardió en mi garganta, pero tuvo la virtud de devolverme las fuerzas. Repetí el tratamiento, me metí la botella en el bolsillo y regresé al interior de la cabaña.

Pasé más de media hora revisando todo posible escondrijo en busca de algo que pudiera haber pertenecido a la mujer muerta. No obtuve éxito.

No quedaba otra cosa que hacer sino registrar el cadáver, un trabajo repugnante, pero imprescindible. De manera que volví al dormitorio, abrí la ventana y miré el bulto inmóvil. Esta vez retiré la manta por completo.

La mujer había sido algo obesa. Sus piernas estaban recogidas y no puede decirse que fueran bonitas ni mucho menos. Las ropas que la cubrían eran de cierta calidad, pero no elegantes. Lo más terrible fue escudriñar lo que quedaba de su rostro. El estómago se me encabritó hasta golpear mi garganta. Tuve que apartarme y llamar en mi ayuda al contenido de la botella, que descendió sensiblemente.

Bien; tenía cierta idea de las características de la mujer. Debía tener

unos cincuenta años cuando murió, o quizá más. Obesa, carente de atractivo, con ropas confeccionadas sin gusto y cabellos en los que empezaba a dominar el color gris.

Total: El tipo de mujer más opuesto a verse envuelto en líos. ¿Por qué la habían matado?

No encontré rastro de bolso alguno. Dominando mi repugnancia, registré cuidadosamente las ropas por si conservaba algo en algún bolsillo. Tampoco había nada. Entonces tiré del vestido hacia arriba, separándolo del cuello, y descubrí una etiqueta. Ante mis narices tenía la manera de volver locos a los policías.

Con un cuchillo perteneciente a los cubiertos de la cabaña descosí la etiqueta con todo cuidado. Era de una tienda de Nueva York. La guardé. Después fui de nuevo al coche, saqué la cajita de plástico que servía de estuche a las lámparas de repuesto, y con él volví al lado del cadáver. Unos minutos después había estampado las huellas de todos los dedos en la superficie del estuche que envolví cuidadosamente con el pañuelo.

Nada más podía hacer allí, así es que cerré la puerta después de correr de nuevo las cortinas, y me alejé cuidando de no dejar huellas. Si había algo que estuviera fuera de mi mente, era la idea de dar aviso a la policía. Ya estaba harto de la manera como me habían tratado hasta entonces. Por mí, el cadáver podía permanecer allí hasta el día del juicio final.

Regresé a Tampa sin detenerme tampoco esta vez en el puesto de gasolina. La verdad es que quería alejarme lo más posible de aquella región, y lo hice conduciendo con sumo cuidado. Cualquier multa por infracción de tráfico sería, más adelante, una prueba irrefutable de mi visita al condado de Wildwood.

Y eso era lo que menos podía interesarme, con aquel fiambre de por medio.

CAPITULO VI

En mi oficina, con la puerta cerrada, escribí una larga carta para una agencia de detectives de Nueva York con la que ya había tenido tratos en distintas ocasiones. En el escrito pedía que, basándose en la etiqueta del vestido y en las huellas estampadas en él, estuche, trataran de identificar a la mujer cuya descripción les detallaba. También indiqué que esa mujer debía haber desaparecido de Nueva York, de manera que esto también podía servirles. Si lograban identificarla quería saber todo el historial de la dama, si era posible desde la cuna.

Hice un paquete, cerré la carta y lo mandé todo por avión.

Hecho esto visité al químico analista. Había cumplido su palabra.

Ahí tiene el resultado —me anunció—. Las muestras se corresponden. Son de la misma clase, aunque debo advertirle que es una clase de tierra muy común... no es pantanosa.

—Entiendo.

Guardé los papeles y las muestras del barro, me metí en el coche y lo conduje hacia el hospital.

Leola Reíd estaba levantada, aunque se limitaba a permanecer sentada en una silla, cerca de la ventana contemplando el exterior. La encontré triste.

—Deseaba tanto que viniera... —murmuró.

—¿Qué le ocurre, desanimada?

—Sí... Mañana me sacan de aquí... detenida.

—¿No ha visto usted el periódico esta mañana?

—No.

Lo saqué del bolsillo y lo dejé a un lado.

—Después le echa un vistazo —dije—. Verá que las cosas no van mal. Tengo ya material para inquietar al fiscal. Le obligaremos a ir más despacio en todo este asunto.

—¿Cree que podrá encontrar al hombre que conducía el coche?

Había angustia en su voz.

—Estoy seguro, aunque quizá sea un trabajo largo. Y, por lo que empiezo a vislumbrar, este es un asunto mucho más complejo de lo que parecía en un principio. ¿Sabe algo de su abuela?

—Ha estado aquí esta mañana. Se ha peleado con el policía del pasillo

y le ha armado un escándalo —rió al recordarlo—. El pobre hombre no sabía cómo defenderse...

—Lo comprendo perfectamente —tomé su mano y la estreché con fuerza, añadiendo—. Pase lo que pase, no se deje desmoralizar por el fiscal ni la policía. No pueden hacerle nada en, absoluto, ¿comprende?

—Le estoy muy agradecida, míster Cameron... Y ahora que recuerdo, esta mañana me ha llamado por teléfono el dueño del coche.

—¿Hewitt?

—Así ha dicho que se llamaba.

—Interesante. Cuénteme.

—No hay nada que contar... Quería solamente saber cómo me encontraba, y me ha ofrecido su ayuda si la necesitaba. Me ha preguntado también por el hombre que, según usted le dijo, conducía el «Cadillac».

—¿Qué ha dicho usted?

—Se lo he descrito con todo detalle. Me ha parecido, comprender que quedaba bastante preocupado cuando se ha despedido. ¿Por qué fue usted a verlo?

—Porque hay alguien que empuja a la fiscalía, alguien importante. Quiere eliminar con el caso cargándole a usted la responsabilidad. Esa es una manera como otra de impedir que la investigación siga adelante y saque a luz otros hechos.

—¿Cuáles?

—No lo sé, pero deben ser lo suficientemente peligrosos como para mover influencias y dinero.

No quise hablarle de mí descubrimiento en, la cabaña. Lo único que conseguiría sería preocuparla. De manera que tras un rato de charla me despedí, recomendándole que leyera el periódico. Eso la animaría.

El policía del pasillo me miró escrutadoramente, pero no despegó los labios.

Fuera del hospital, busqué un teléfono y, tras consultar la guía, llamé a Hewitt. Me intrigaba su interés por la muchacha.

Conseguí hablarle una vez hube dado incontables explicaciones a alguien que dijo ser el secretario del gran hombre. La voz de Hewitt estaba tensa cuando habló:

—¿Qué es lo que se le ofrece ahora, míster Cameron? —gruñó.

—Le agradezco el interés que se toma por mí cliente, Hewitt —dije irónicamente—. Muy altruista por su parte.

—¿Eso es todo?

—No, amigo. He estado dándole vueltas al asunto de la cabaña.

Noté un cambio en su respiración. A través del auricular escuché perfectamente cómo se aceleraba.

—¿No se ha convencido todavía de que yo no tengo ninguna cabaña?

—Sí, eso ya está aclarado. Sin embargo, he descubierto otra que, si bien

no pertenece a usted, contiene algo muy interesante...

Permaneció raudo. Mientras escucha aquella especie de jadeo por el auricular, se me ocurrió que debía haber descubierto a quién pertenecía realmente la cabaña.

Finalmente, Hewitt habló otra vez:

—¿Qué pretende decirme con esos rodeos, Cameron?

—Sólo darle algo en que pensar, Hewitt. Porque si el coche no fue robado, como yo creo, y todo esto no es más que un embrollo arreglado para complicar a Leola Reid, le aseguro que le hundiré hasta el fondo de la tierra, amigo. Le complicaré en un bárbaro asesinato en primer grado y veremos entonces cómo se las arregla.

—¿Qué demonios está usted diciendo?

Colgué sin responderle. Mi intención era solamente sembrar la inquietud en su mente para forzarle a obrar, si realmente estaba complicado en el falso robo del «Cadillac», tal como yo creía.

Ya muy tarde, y solamente para ver si había algo para mí, regresé a la oficina. No había nada de interés, pero me quedé allí, aprovechando la quietud y el silencio que reinaba en el edificio al haber cerrado las demás oficinas. Me dediqué a pensar y a trazar un esbozo de los futuros planes.

Así me encontró Terry.

—He supuesto que estarías aquí —dijo, dejándose caer en el sillón destinado a los clientes—. ¿Qué hay de nuevo?

—Mucho, pero nada para ti.

—¿No puede publicarse?

—No.

—Está bien, pero puedes contármelo de todos modos. Iré pensando en el asunto y redondeando el artículo para cuando pueda sacarlo a luz.

—De momento creo que hemos tropezado con un crimen de los más bárbaros que he visto jamás.

Y le conté todo que había descubierto en la cabaña, el interés de Hewitt por Leola y mis ideas al respecto.

—Creo que armaremos un terremoto —gruñó entre dientes—. ¿Tienes algún medio de relacionar el crimen con el coche?

—Sí. El barro y las huellas estampadas en él. Apuesto a que pertenecen al «Cadillac». Además, las hay también de un hombre.

—¿No se te ha ocurrido pensar que el criminal pueda volver allí y borrarlas?

—Ya he pensado en eso, y si he de decirte la verdad, creo que si he llamado a Hewitt ha sido para ver si hacía algo semejante.

—¿Y cómo piensas saber si lo intenta desde este despacho?

—Estaba buscando la respuesta a esta pregunta cuando tú has llegado. Porque no se trata de vigilar a Hewitt por si sale hacia las montañas. Puede muy bien mandar a otro y entonces no nos enteramos. Es preciso vigilar la

cabaña.

—No puedes instalarte allí de manera permanente.

—Claro que no. Tengo muchas otras cosas que hacer. Hay que encontrar a alguien que lo haga.

—No cuentes conmigo para eso —se apresuró a advertirme.

—No, tú no eres capaz de un trabajo como éste. Pero si podría hacerlo Pops, suponiendo que lo encuentre.

—¿Te refieres a ese revienta pisos? —rió entre dientes, y añadió, divertido—: No creo que logres convencerle. Desde que disparó contra aquel pistolero, en el asunto de los sellos falsos, anda como alma en pena.

—¿Lo has visto desde entonces?

—Sí. Se pasa la mayor parte del tiempo en el *bistro* de Tony Flaviano.

—Veré si le convenzo.

Me levanté y bajamos juntos a la calle. Terry quería acompañarme, pero yo conocía perfectamente a Pops y sabía que nunca aceptaría ningún trato en presencia de un reportero, de manera que lo despedí y emprendí solo el camino.

El *bistro* de Tony Flaviano era uno de esos antros que, si las cosas fueran como deben ser, estaría cerrado permanentemente por la policía. Pero los polis saben que un local de esta clase reúne ciertas condiciones muy convenientes para obtener informes en un momento dado. Así se comprende que los dejen en paz.

Allí estaba Pops, tan triste como siempre. Y su tristeza se agudizó cuando me vio entrar. Cuando estuve sentado frente a él, suplicó:

—Por favor, Max, lárgate de aquí. No quiero saber nada contigo. Ya me has causado bastantes quebraderos de cabeza.

—Tómalo con calma, Pops. No te sucedió nada, ¿verdad? Y eso que le volaste la cabeza a aquel tipo...

—Por tu culpa.

—Yo cargué con el mochuelo. La policía comprendió que era un asesino que escapaba y todo quedó arreglado. Ni siquiera salió a relucir el nombre de nadie llamado Pops.

—Aun así, no quiero saber nada de tus asuntos. No deseo terminar mis días en la cámara caliente.

—¿Cien dólares?

—No.

—Vamos, Pops. Sólo se trata de una vigilancia en el bosque. Te conviene respirar aires puros. Debes tener los pulmones hechos cisco con tanto humo pestilente como tragas.

—Mis pulmones son asunto mío. Lárgate, Max.

Llamé al mozo y le pedí un par de tragos. Cuando los hubo servido, reanudé la ofensiva.

—Cien pavos sólo por instalarte bajo los pinos y tener bajo vigilancia

una cabaña.

—¿Por qué no lo haces tú mismo?

—Tengo mucho trabajo aquí, en la ciudad. Y eso está en los bosques de Wildwood.

—No.

El hombre estaba asustado. Pero había otros argumentos para obligarle a trabajar para mí.

—Escucha, estúpido —dije, cambiando de tono—. Sabes que puedo encerrarte por un millón de años si hablo con la policía. Y te juro que lo haré si me vuelves la espalda en este asunto.

Dejó escapar un gemido.

—Estaba preguntándome cuánto tardarías en emplear el chantaje, Max.

Su voz era plañidera. Por primera vez desde que le conocía, no se preocupaba mucho de representar su propio teatro. Tenía la costumbre de hablar y actuar como si fuera otra persona distinta, un hombre duro y cínico, terror de la policía y capaz de llevar a cabo las mayores hazañas. Bien, debía estar realmente asustado.

—No es preciso que te pongas trágico —le solté, burlón—. Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, Pops, para que puedas engañarme.

—De eso me quejo —refunfuñó—. De conocerte...

—Bien, irás a esos bosques. Yo te llevaré y te indicaré dónde debes permanecer escondido, vigilando. Llevarás víveres y bebida para resistir un día o dos. Además...

Levantó la mano, interrumpiéndome, y masculló:

—No corras tanto. ¿Pretendes que viva dos días al aire libre como un miserable piel roja de los viejos tiempos?

Empezaba a dejar suelto su verdadero carácter. La cosa iba bien.

—Eso es lo que quiero que hagas. Verás cómo después te sentirás mucho mejor que ahora. La vida al aire libre... Bien, dejemos esto. Te enseñaré también el manejo de una cámara fotográfica especial, equipada con flash de lámpara ultravioleta. No produce fogonazo alguno y se pueden sacar fotografías de noche. Quiero fotos de todo el que se acerque a la cabaña. ¿Has comprendido?

—¿Y todo esto por cien dólares? Tú estás loco de atar. No cuentes conmigo.

—Cien machacantes son más que suficientes para este trabajo. Te pasarás todo el tiempo tumbado panza arriba, sin ningún trabajo. Al fin y al cabo, si pierdes el tiempo aquí sentado no ganarás ni un dólar, sino que te gastarás los pocos que te quedan.

—Mis gastos son exclusivamente cosa mía. Además, estos días estoy dando los últimos toques a un asunto sensacional. No quiero distraerme.

—Narices. En tu vida has dado un golpe sensacional.

—No me insultes, maldito polizante. Sabes que en mi especialidad no

hay nadie que pueda adelantarle. Incluso la policía sabe que...

—Basta —le atajé. Al fin volvía a ser el mismo de siempre. Yo había ganado la partida—. Olvídate de la policía y acaba de beber.

—Pero, ¿es que vamos a marcharnos ahora mismo?

—Exactamente.

—¡Maldito seas!

Pero apuré su vaso, pagué al camarero y salimos del tugurio sin pronunciar más palabras.

Lo llevé en mi coche hasta su apartamento, donde le obligué a coger una manta. Después perdimos media hora en comprar comida en lata, licor y tabaco y sin darle tiempo para arrepentirse enfilé el coche hacia el Norte como una flecha.

Durante todo el trayecto apenas si cambiamos palabra. Enfurruñado, Pops parecía sumido en la contemplación del paisaje que iba hundiéndose en las sombras del anochecer.

Cuando llegamos al paraje que rodeaba la cabaña, mi forzado acompañante dejó escapar su disgusto por cuanto veía. También expuso con palabras impublicables lo que opinaba de mí y de mis métodos.

Le dejé desahogarse a placer y cuando calló dije:

—Si ya has terminado, Pops, te diré lo que tienes que hacer.

—No tienes que decirme nada. Yo me vuelvo contigo.

—Ni lo sueñes. En todo caso, tendrás que regresar a pie, y, además, cuando llegues a Tampa estará esperándote la policía para hacerte algunas preguntas... ¿Está esto claro?

Refunfuñó una sarta de maldiciones entre dientes, pero acabó por someterse. Entonces le indiqué la cabaña, el barrizal, y le detallé lo más importante de su vigilancia:

—Tienes que captar con la cámara todo lo que suceda. Quiero saber quién se acerca aquí y qué hace. Y en caso de que le veas que empieza a borrar las huellas del barro, le pegas un susto para que salga de estampía. ¿De acuerdo?

—¿Crees que la gente se asusta tan fácilmente en estos tiempos?

—Todo el mundo sale escapado cuando suena un tiro.

—¿Un...? ¡Diablos, no! —estalló, recordando la última vez que había disparado.

—No empieces a desmoralizarte. No tienes que disparar contra nadie, sino solamente asustarle. Puedes tirar al aire.

No quedó muy convencido, pero comprendía perfectamente que no tenía escapatoria, de manera que acabó por asentir a cuanto le dije.

Entonces saqué la cámara especial del coche y le mostré su manejo. También le entregué una pequeña automática, suficiente para hacer ruido, y le dejé emboscado a cien metros de la cabaña, en medio de un matorral, donde la manta le sería de mucha utilidad.

Durante mi regreso pensé que lo más seguro era que Pops agarrase una pulmonía a causa de la humedad de aquel paraje. Pero el trabajo es el trabajo y no se puede andar por el mundo con sentimentalismos.

Nada más podía hacer de momento. Las redes estaban tendidas y era cuestión de suerte pescar algo en ellas. Así es que en cuanto llegué a la ciudad tomé rumbo a casa dispuesto a acostarme.

Estaba debajo de la ducha cuando el teléfono sonó. Me envolví precipitadamente en una toalla de baño y corrí al aparato, pero cuando llegué había dejado de escandalizar.

Maldiciendo a quién fuese que había llamado, restregué mi cuerpo con la toalla, me vestí el pijama, y tras encender un cigarrillo, dejé que el tiempo transcurriera lentamente. Tendido en la cama y con los ojos clavados en el techo, reflexioné en torno al problema. Hasta que el teléfono llamó de nuevo.

Esta vez llegué a tiempo de descolgarlo y de oír la voz de O'Toole, un tanto excitada, que preguntaba:

—¿Dónde ha estado metido, Cameron?

—Ganándome el sustento. ¿Qué es lo que sucede, teniente? ¿Sabe usted la hora qué es?

—Seguro. Quiero hablar con usted, entrometido.

—Bien, venga aquí. Estoy en la cama, de manera que no pienso vestirme solo para darle gusto.

—No se mueva de ahí, Cameron, o radiaré una orden de captura contra usted.

Colgó y yo hice lo mismo.

Tras una corta reflexión, entré en la cocina y preparé café. Estaba visto que no iba a ser una noche tranquila.

El policía llegó quince minutos más tarde. En cuanto pasó la puerta venteó el aire, husmeando como un lebel.

—Buen café —comentó, satisfecho—. A veces creo que es usted un tipo civilizado... Bien, a decir verdad, lo pienso muy raras veces, no crea.

—Ya.

Preparé el café para los dos, llevé las tazas hasta la mesa y encendí un cigarrillo. Entonces, dije:

—Bueno, dispare ya, O'Toole. ¿Qué anda buscando ahora?

—Usted estuvo inquietando a míster Hewitt.

—Así que es eso...

—El fiscal ha recibido una queja en este sentido.

—¿Y le ha mandado a usted para asustarme y que deje en paz al gran hombre?

—Hewitt no puede considerarse un gran hombre... Por lo menos, no en el sentido que usted le da.

—¿Ha venido para decirme eso?

—He venido a ordenarle que deje en paz a Hewitt y a cualquiera que usted piense que está complicado en este asunto. El fiscal dice que lo tiene cerrado, listo para presentar ante el tribunal, a despecho de los infamantes artículos de cierto periódico.

—Toda esta parrafada —puntualicé—, ¿la suelta usted por iniciativa propia, o le manda hacerlo el D. A.

—El fiscal me ha ordenado alejarle de Hewitt y de otros como él a los que usted puede llegar a molestar. Lo demás es de mi cosecha.

—Ya veo. ¿Comparte usted el punto de vista del fiscal?

—¿Respecto a qué?

—A estar el asunto aclarado.

—No.

Respiré, aliviado.

—Ya lo suponía —afirmé.

—No se haga ilusiones —gruñó—. Lo único que hay es que mi cargo no depende de las elecciones y el del D. A. El necesita impresionar a la galería, obtener triunfos en su carrera, para que los electores voten por él en los próximos comicios. Yo me limito a cobrar un sueldo y asunto terminado. Lo que opine la galería de mí me tiene sin cuidado.

—Perfectamente, O'Toole. Ya me ha dado el encargo del fiscal. Ahora, dígame quién ha presentado la queja. ¿Hewitt?

—Los abogados de la empresa que él dirige.

—Ya veo.

—No lo ve.

Le miré, sorprendido. Noté la tensión en él, las arrugas de su ancha frente y el pliegue voluntarioso de los labios. Tuve que reconocer que, a pesar de las veces que nos enfrentábamos, O'Toole era un policía íntegro y al que yo apreciaba a mi manera.

—Siga hablando —le animé.

—Creo que he dicho demasiado ya.

—No me ha dicho usted nada. Por lo menos, nada que yo pueda aprovechar.

—¿Sabe usted, Cameron? A veces le envidio.

—¿A mí?

—Sí. Me causa usted más dolores de cabeza que una banda de pistoleros. Me produce úlceras de estómago cuando lo encuentro metiendo la nariz en asuntos que son única y exclusivamente de competencia policial. Y a pesar de todo esto, le envidio.

—Explíquese antes que me vuelva loco.

—Se lo diré —refunfuñó, encendiendo un cigarrillo—. Usted puede actuar a su antojo, sin trabas de nadie. No tiene a ningún jefe que le diga cuándo debe detenerse en una investigación, y si alguno de nosotros se lo ordena usted puede hacer oídos sordos y seguir adelante. Por eso le

envidioso.

—Eso quiere decir que alguien le ha ordenado a usted detenerse. ¿No es así?

—Acierta.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? El fiscal. Y creo que estoy hablando demasiado.

Yo también lo creía, pero estaba seguro que toda esta charla, al parecer sin importancia, tenía un fin determinado por su parte. Por eso dije burlonamente:

—Yo también lo creo.

Me miró y entrecerró los ojos.

—¿Sí? —gruñó.

—Vamos, O'Toole. Usted lleva algo entre ceja y ceja. Algo que quiere decirme. ¿De qué se trata?

—¿De dónde saca semejante idea?

—Está bien, guárdese. Siga bebiendo café. Tengo más en la cocina.

Fui a por el brebaje y llené otra vez las tazas, acompañando el viaje con una botella de *whisky* que deposité encima de la mesita.

Fumé en silencio un minuto. Entonces, O'Toole sonrió un tanto forzadamente, y prosiguió:

—Está bien, Cameron, usted gana. Quiero decirle algo que tal vez le sirva para ayudar a esa muchacha del accidente.

Me puse tenso como un cable de acero. Por primera vez desde que le conocía, O'Toole estaba amargado, desmoralizado por algo. Yo comprendía que él era un policía íntegro y honesto, cosa que no podía decir de muchos de sus colegas, pero de eso a sentirse obligado a ayudarme a mí mediaba un abismo. Y ahora, él estaba dispuesto a saltar ese abismo. Esperé.

—Los abogados de las empresas que dirige Hewitt solo actúan bajo órdenes del patrón. Eso es lo que quería decirle.

Calló, un tanto violento.

Yo dije:

—Ya veo. Quien manda es Iben Dachs. ¿No es así?

—Exacto. Por lo que sé, jamás obrarían bajo órdenes de Hewitt, a menos que Dachs diera su visto bueno.

—Lo cual quiere decir que quien está realmente interesado en liquidar este asunto es Iben Dachs en persona.

—Eso creo —asintió, ceñudo.

Pensé unos instantes sobre todo esto. Luego, murmuré:

—Estoy andando sobre una cuerda floja, teniente... ¿Por qué diablos viene ahora a contarme todo esto, y antes me ha negado su colaboración en el mismo asunto?

—Mi colaboración abierta es algo muy distinto de esta charla. ¿No lo comprende, maldito sea? Tengo una familia a la que mantener. Su paz

depende de mi trabajo. No quiero quedarme cesante, pero tampoco deseo que esos tiburones se salgan con la suya. ¿Está claro ahora?

—Sí, creo que sí. Hábleme de Iben Dachs. ¿Quién es realmente ese tipo?

Vaciló. Se entretuvo unos instantes sirviéndose una generosa ración de *whisky* y lo saboreó en silencio. Finalmente, empezó a hablar:

—Su nombre es Ibrahim Dachs. ¿Le dice algo eso?

—Solamente que es judío.

—Sí. Uno de los que huyó de Alemania durante la persecución de su raza por Hitler. Naturalmente, salió de allí con dinero esparcido por varios países, ya que cuando llegó aquí empezó a instalar esa cadena de establecimientos que posee en la actualidad. Tiene millones. Y está situado en las alturas.

—¿Casado?

—Sí. Se casó hace tres o cuatro años con una de las bellezas locales. Una hermosa mujer perteneciente a los altos círculos sociales. Creo que si se ha metido tan profundamente en las alturas lo debe más a su mujer que a su dinero. Es un águila, amigo.

—Bien. ¿Hay algo oscuro en su vida que me permita atacarlo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé —masculló—. Eso deberá buscarlo usted.

—Naturalmente que lo buscaré. Y después de saber todo esto, creo que he sido bastante idiota...

—Eso no es nada nuevo en usted —soltó, volviendo a sus acostumbrados alfilerazos.

Pero esta vez no le hice caso. Estaba pensando en otra cosa y acabé por hablar como si lo hiciera para mí mismo.

—He estado buscándole las cosquillas a Hewitt. Y he equivocado el camino. Incluso he tratado de descubrir si poseía alguna cabaña en las montañas y he fracasado. Debía haber buscado el nombre de Dachs en el Registro de la Propiedad.

—¿De qué está hablando? —gruñó O'Toole.

Le miré, dudando entre hablarle de mi descubrimiento o no. Finalmente decidí callar. Descubrir un crimen y callárselo es algo demasiado grave para que un policía lo pase por alto.

—Nada —dije—. Todo el mundo gira alrededor del tipo que conducía el «Cadillac». Yo sé que el coche estuvo en los montes de Wildwood, y he pensado que tal vez estuviese allí visitando alguna cabaña.

—Ya veo.

—Bien, O'Toole —comenté, sonriendo—. Nunca hubiese creído que viniera a mí en ese plan.

—Yo tampoco.

Se levantó, apuró el resto del *whisky* y se dispuso a marchar. Antes de

hacerlo, me recordó:

—Recuerde que le he transmitido fielmente el encargo del fiscal.

—De acuerdo, usted ha cumplido con su obligación. Dejaré en paz a Hewitt.

—Eso debe usted hacer.

Salió sin ofrecerme la mano. Su rostro de duras facciones no expresaba nada cuando abandonó el apartamento.

Apagué el cigarrillo, terminé el *whisky* y me acosté. Había sido una buena noche.

CAPITULO VII

Mi primera llamada a la mañana siguiente fue para Hewitt. No lo encontré. Me informaron que había salido muy temprano y que no sabían cuándo regresaría.

Contrariado, colgué el teléfono y dediqué cierto tiempo a engullir el acostumbrado desayuno. No podía dejar de pensar en la idea que se me había ocurrido, una de las muchas veces que me había despertado durante la noche.

Bebí el café a pequeños sorbos. Después telefoneé al hospital y pregunté por Leola. Nueva contrariedad. Se la habían llevado ya, de manera que estaba detenida, y, o mucho me equivocaba, o el fiscal haría cuanto tuviera en su mano para impedirme verla.

No me quedaba más remedio que llamar a la señora Wingfield, la enérgica abuela de la muchacha.

Esta vez tuve más suerte. Respondió ella misma al teléfono y cuando supo quién hablaba, exclamó, furiosa:

—Estaba pensando si no estaría usted de vacaciones, míster Cameron.

—¿Vacaciones? Estoy de lleno en su asunto, señora.

—Pamplinas. ¿Qué informes me ha dado hasta ahora?

—No tenía nada que informar. ¿Puede usted hablar libremente por teléfono?

—Naturalmente. ¿Cree que si no fuera así le habría dicho todo esto? Mi hermana ha salido. ¿Qué tiene que decirme?

—Necesito ponerme en contacto con los abogados de Leola. El fiscal se propone procesarla de un momento a otro, pero tengo algo con que pararle los pies. ¿Puede usted hablarles para que me reciban?

—Lo haré. Tienen el despacho en el edificio Wilson. En Palm Avenue.

—Dígalas que pasaré a verles esta mañana.

—Está bien. Pero quiero saber qué ha estado usted haciendo. Para eso le pago.

—Usted me paga para que saque a Leola del apuro —repliqué, satisfecho de hacerla rabiar un poco—. Todo lo demás es una pérdida de tiempo.

—¡Oiga usted, jovencito! —estalló—. Recuerde que quien tiene que pagarle soy yo. Y no me parece que esté portándose como debería. Quizá

decida que no se gana sus honorarios, míster Cameron.

—Le demostraré qué me los gano cuando todo esto termine. Volveré a llamarla cuando tenga algo para usted.

Colgué. Imaginé el berrinche de la irascible anciana y supuse que lo descargaría sobre su más terrible hermana. Sería un espectáculo digno de verse.

Los abogados de la anciana eran más o menos de su mismo tiempo. No me gustó mucho, especialmente al ver la rancia instalación de su bufete. La edad del que me recibió rondaría los setenta años, y lo que Leola necesitaba era un hombre batallador, capaz de chillarle al fiscal sin importarle el teatro que hubiera que representar.

—Mi nombre es Carney —me dijo el viejo—. He hablado con la señora Wingfield hace unos minutos solamente.

—Entonces ya sabrá que estoy trabajando para ella.

—Parecía no estar muy segura de eso.

—Tonterías. ¿Está usted al corriente del asunto, míster Camey?

—Perfectamente.

—Muy bien. Voy a referirle cuanto llevo averiguado hasta ahora. Usted verá la mejor manera de aprovecharlo para que el fiscal se vea obligado a volver atrás. Necesitamos un poco más de tiempo... Un día, o tal vez dos, serán suficientes para que...

—Un momento, míster Cameron —me atajó, muy tieso. —No olvide que la defensa debe basarse en hechos concretos. A juzgar por lo que llevo sabido, y por lo que el periódico ha publicado sobre este caso, usted está tratando todo el asunto como si fuera una causa criminal.

—¿Hay alguna otra manera de tratarlo?

—Docenas de maneras. No me gusta el sensacionalismo, míster Cameron. Es... Bien, lo encuentro falto de ética.

—¿Qué ética hay en el fiscal? Empuja el caso, quiere terminarlo porque desde las altas esferas le empujan. Ha cerrado la investigación dando por bueno cuanto le ha convenido para su acusación, echando a un lado todo lo que podía favorecer a Leola Reid. ¿Es eso ética?

—No podemos ponernos a la altura de nuestros adversarios, si sus métodos dejan algo que desear.

Me levanté de un brinco.

—Lamento que sea usted quien tiene que defender a Leola —dije, duramente—. No conseguiré nada.

—Está portándose usted como un muchacho impertinente, pero veo que no entiende nada de leyes. ¿Qué es lo que tenía que decirme?

—Poseo el suficiente conocimiento de leyes para saber que usted fracasará. Y en cuanto a lo que tenía que decirle... Creo que lo he olvidado. Ya me encargaré yo de estropearle el guiso al fiscal. Y con su misma ética.

Di media vuelta y salí de allí. Hasta el aire que se respiraba dentro del despacho olía a moho.

Desde mi oficina llamé de nuevo a Hewitt, y esta vez me informaron, que estaba en su despacho. Llame allí.

—¿Otra vez usted? —gruñó—. ¿Qué quiere?

—Verle —dije.

—¿Para qué? Opino que ya me ha molestado usted bastante.

—Usted no sabe cuánto puedo llegar a molestarle todavía si no accede a entrevistarse conmigo. Hay algo muy grave en este asunto, aparte del accidente de coche.

—¿Sí?

—¿Dónde le veo?

Vaciló. Desde un principio, notaba en su voz una falta de seguridad que las otras veces no le había advertido.

—Quizá si me dice qué es eso tan grave que hay por en medio, accederé a esa entrevista.

—Hay cosas que no pueden discutirse por teléfono.

—Sea lo que sea, adelánteme algo. Empiezo a pensar que debo hacer algo por mi parte también para terminar con esto.

—Muy bien, Hewitt, si así lo quiere...

—Lo quiero.

—He descubierto un asesinato en relación con su coche.

—¡Qué!

Dejó de hablar, no sé si de miedo y sorpresa, o atónito por lo que acababa de oír. Le apremié:

—¿Está usted ahí todavía?

—Sí.

—Bien. ¿Qué me dice?

—¿Está completamente seguro de lo que dice?

—Claro. Puedo probarlo.

—Puede probarlo... —murmuró como un eco.

—Vamos, Hewitt, no podemos perder todo el día.

—¿Era una mujer? —preguntó, con voz ronca.

—¿Qué mujer?

—La víctima.

—Sí.

—Comprendo. Y dice usted que puede probarlo...

—Sin lugar a dudas.

—¿Lo sabe la policía?

—Todavía no. Por eso quiero hablar con usted antes de que se entere.

Volvió a permanecer mudo unos instantes. Luego, y con una voz que yo no le conocía, murmuró:

—Escuche, Cameron... Le veré a usted por la tarde, pongamos... a las

cinco.

—¿Por qué perder todo este tiempo?

—Necesito hacer algo muy importante. No se preocupe, Cameron —se apresuró a añadir—. Sea lo que sea que ocurra, será en beneficio de esa muchacha.

—Acepto.

—A las cinco le esperaré en mi casa.

—Un momento, Hewitt —exclamé, antes que pudiera colgar—. ¿Quién conducía el coche?

—No estoy seguro. Pero a las cinco terminaré con todo esto.

—¿Terminará usted?

—Sí. Empiezo a estar harto de todo.

Colgó. No me había gustado ni su voz ni su manera de expresarse. Comencé a pensar que no debía haberle concedido tanto tiempo. Claro que si me presentaba inmediatamente en su despacho y le apretaba las clavijas...

No acabé el pensamiento. Salté al coche y salí disparado rumbo al «Flamingo». Algo se agitaba en mi interior, semejante a un presentimiento, como si las cosas escapasen a mi control.

Naturalmente, el establecimiento estaba cerrado todavía. No había ni un coche en la explanada, ni el portero con pinta de almirante estaba tampoco a la vista. Llamé a la puerta y esperé.

Transcurrió casi un minuto, pero al fin hizo su aparición un hombre en mangas de camisa y cara de pocos amigos.

—¿Qué se le ha perdido a estas horas? —gruñó.

—Quiero ver a míster Hewitt. Sé que está aquí. He hablado con él por teléfono.

—Estaba. No hace ni diez minutos que ha salido.

—No empiece con embustes, hermano. Quiero ver a Hewitt, y por Cristo que le veré así tenga que asaltar esta pocilga. Vamos, adentro.

—Es inútil. Ha salido poco después de hablar por teléfono. Si es usted quien ha hablado con él, sabrá seguramente a dónde pensaba ir.

Vacilé. El hombre parecía decir la verdad. No obstante, saqué el 38 de la funda y lo apreté contra su estómago.

—Vamos a ver el despacho, hermano. Quiero asegurarme.

Tal vez el tipo no había visto un revólver en su vida, pero el mío le causó tal impresión que pensé iba a desmayarse. Pero dio media vuelta y me guió hasta el despacho de Hewitt. Desde luego, allí no había nadie. Sobre la mesa aparecían gran cantidad de papeles. Seguramente había estado trabajando con ellos cuando recibí, mi llamada.

—¿Convencido? —murmuró mi guía, con voz insegura.

—A medias.

Salí de allí a toda prisa. Mientras guardaba el revólver empecé a

llamarme estúpido por no haber previsto semejante reacción.

Saqué el coche a la carretera y busqué una ruta secundaria que me llevó hasta la autopista del Norte. Hundí el pie en el acelerador y me lancé carretera adelante sintiendo un extraño frío recorrerme los nervios.

Estaba por apostar que Hewitt corría en aquellos instantes hacia la cabaña de los montes. Unas millas más adelante, un hombre volaba locamente, aferrado al volante, con la fría determinación de destruir las huellas. Me inquietó la suerte de Pops. Yo no creía que Hewitt se resignase a huir dejando todo aquello demás.

Tuve que detenerme en Leesburg para repostar gasolina. Luego continué la marcha a toda velocidad.

Sin embargo, y a pesar de todas mis prisas, aquel no era mi día. En plena carretera, casi a las puertas de Wildwood, encontré un atasco de coches impresionante. Los patrulleros se movían de un lado a otro, apresurados, y los automovilistas habían abandonado sus vehículos y se apretujaban hacia la cabeza del atasco.

Los imité. ¿Qué remedio quedaba? Allí vi que tres coches se habían convertido en un montón de chatarra. Una ambulancia estaba recogiendo lo que quedaba de alguien. Los humeantes restos de los autos daban escalofríos.

Maldije en voz baja. Si Hewitt había pasado antes de la interrupción yo llegaría demasiado tarde, tanto para ayudar a Pops como para pillarle a él con las malas en la masa.

Se me ocurrió la idea de que muy bien podía encontrarse también entre los que esperaban, pero después de unos minutos de minuciosa búsqueda entre los curiosos me convencí que no. Hewitt había pasado.

Hubo que esperar la llegada de un coche-grúa que despejó la pista. Después, los coches avanzaron despacio, apelotonados, en ambas direcciones. Uno tenía que ir con cuidado para no aplastarse contra la trasera del que iba delante.

Eso duró hasta que tomé el desvío hacia la montaña. Allí, y sabiendo que me jugaba la cabeza, aceleré brutalmente y el coche saltó hacia adelante como un potro.

Era más de mediodía cuando detuve el coche. El alma me cayó a los pies al no ver rastro del auto de Hewitt. ¿Me habría equivocado? ¿O ya había terminado su cometido?

Anduve hacia la cabaña. Allí me detuve, atónito. Las huellas seguían claramente visibles.

Hewitt no había venido. Pero si yo estaba equivocado...

La voz de Pops se encargó de volverme a la realidad. Gritó:

—¡Maldito seas, Max! Creí que ibas a dejarme aquí hasta el día del juicio final.

Me volví en redondo. Equipado con la manta, Pops se acercaba a buen

paso.

—Pops —exclamé, aliviado—. ¿Estás bien?

—¿Cómo que bien? Un poco más y agarro un reuma incurable, gracias a tu condenada idea.

Profundas ojeras rodeaban sus ojos. Se caía de sueño, pero por encima de ello, el hombre seguía aferrado a su costumbre de representar teatralmente sus sentimientos e impresiones.

Cuando estuvo a mi lado le interrogué:

—¿Qué novedades hay?

—He tenido que disparar una vez —gruñó—. Naturalmente, he tirado al aire...

—¿Cuándo?

—No hace ni dos horas. Un tipo se ha acercado a la cabaña. Se ha detenido en el barrizal, muy interesado en las huellas, y cuando se ha encaminado a la puerta he disparado.

—¿Y él, qué ha hecho?

—¿Qué querías que hiciera? Salir escapado.

—¿Dónde tenía el coche?

—Ahí donde el camino termina en la explanada. Le ha dado la vuelta con tantas prisas que por poco no lo aplasta contra los pinos. Era un coche azul claro, un modelo de un par de años.

—¿Cómo era ese tipo?

—¿Para qué voy a decírtelo? Lo tengo fotografiado. De todas formas, era un tipo de unos cincuenta años, distinguido... Se ve que tiene dinero.

—Bueno, vámonos de aquí ahora mismo, Pops.

Trotó a mi lado hasta el auto, y una vez en él se instaló en el asiento con un suspiro de alivio. Comentó, mientras el coche se deslizaba por la pendiente:

—Son los cien pavos que más me ha costado ganar en toda mi vida.

No me cabía duda de que era Hewitt quien había estado allá arriba. Seguramente se había cruzado conmigo cuando yo empezaba a moverme después del atasco. Bien, veríamos su explicación.

Cuando me di cuenta, Pops roncaba a mi lado, dormido como un tronco. No le desperté hasta llegar a Tampa, y entonces tuve que zarandearle como a un fardo para conseguirlo.

—Mis cien dólares, Max —exigió tan pronto abrió los ojos.

—Tendrás que subir al despacho.

Me acompañó arriba, le entregué el dinero, y siempre cargado con su manta, se marchó. No se olvidó de repetirme que era la última vez que hacía un trabajo para mí, y que prefería que le metieran en la cárcel antes de verse envuelto en otro de mis líos. Bien, eso lo había afirmado docenas de veces. Exactamente, tantas como había trabajado para mí.

Una vez solo, comprobé la carga del revólver y volví a la calle después

de guardar la cámara fotográfica en la caja fuerte.

Ya era hora de exprimir a Hewitt desafiando todas las órdenes del fiscal.

Mis nervios estaban tirantes, tanto que casi me dolían. Llevaba demasiadas millas aferrado al volante, y la mayoría de ellas a demasiada velocidad y con la acuciante sensación de llegar tarde a todas partes.

Sin embargo, cuando apreté el arranque y el motor empezó a zumbiar, tuve la sensación de que el cansancio desaparecía, tal vez animado por la creencia de que pronto iba a terminar con toda aquella pesadilla.

Mientras emprendía la marcha iba analizando la situación, desmenuzando cada uno de los hechos que conocía y que estaban relacionados con Hewitt, y empecé a pensar de otra manera. Instintivamente, hundí el pie hasta el fondo y el coche respondió con el mismo nervio que si se hubiese contagiado de mis prisas.

No lo detuve hasta las inmediaciones de la residencia de Hewitt. Di un vistazo por los alrededores y descubrí un auto que llamó mi atención. Estaba sucio de polvo por todas partes, y en las ruedas aparecían salpicaduras de barro tan recientes como las de mi mismo coche.

Examiné la patente y vi que pertenecía a una empresa de alquiler de coches. No me cupo duda de que era Hewitt quien lo había conducido, lo cual indicaba que él estaba en casa.

Llamé, impaciente. No obtuve respuesta y repetí mi llamada, furioso por semejante pérdida de tiempo.

Aporreé la puerta sin que nadie acudiera a abrir. Maldije a Hewitt en voz alta. ¿Es que no comprendía que no tenía escapatoria? Con el coche delante de su casa podía suponer que yo no dejaría de insistir hasta entrar en la casa.

Cuando me convencí de que no estaba dispuesto a presentarse a la puerta regresé al coche. Abrí el compartimiento de los guantes y saqué el pequeño estuche de cuero que encerraba una completa colección de delicadas láminas de acero. Aquellas ganzúas me habían costado una pequeña fortuna, pero desde su adquisición las había amortizado un centenar de veces.

Me disponía a cerrar la portezuela del coche cuando quedé paralizado de asombro, contemplando el coche que acababa de detenerse detrás del mío, tan silencioso como una sombra. Un coche al que yo conocía muy bien.

O'Toole se apeó de un salto y vino hacia mí.

—Así que no ha hecho caso de mi advertencia, Cameron —dijo tranquilamente.

Detrás de él se apeó su inseparable ayudante, el sargento Cass Crane.

—No me diga que ha venido por casualidad —le solté a mi vez.

—¿Qué lleva en la mano? —inquirió el sargento.

El estuche de cuero desapareció en mi bolsillo.

—Un recuerdo de los viejos tiempos —afirmé—. ¿Qué anda buscando aquí, teniente?

—¿Y usted?

—He venido a ver a Hewitt.

—Ya veo. Yo le transmití cierto encargo del fiscal.

—Hewitt quiere verme, a mí también, teniente. Me ha citado.

—No me diga. ¿Oye eso, sargento?

Un gruñido fue la respuesta de Cass Grane. O'Toole añadió:

—Está bien, Cameron, vamos a comprobarlo, Si Hewitt le ha citado, le dejaremos en paz. Pero si no es así... Bien, creo que el fiscal deseará hablar personalmente con usted.

—Okey, teniente. Vamos allá.

Nos acercamos a la puerta. De nuevo las llamadas quedaron sin respuesta. Vi a O'Toole dirigir una extraña mirada al sargento. Luego repitió la llamada, tan enérgica como un policía puede hacerla.

Sin embargo, el silencio fue la respuesta.

—No me gusta esto —refunfuñó el sargento.

—De una vuelta por el jardín, sargento, y vea si hay alguna entrada trasera —ordenó O'Toole—. Sí la hay vea si podemos entrar por allí.

El sargento se alejó. O'Toole clavó sus ojos en los míos.

—¿Cuánto tiempo hace que ha llegado usted?

—Cuando ustedes han detenido su coche yo estaba saliendo del mío.

—¿Puede mostrarme ese «recuerdo» que se ha guardado en el bolsillo?

—No.

—Como quiera. Se lo quitaré en la Central. Nos acompañará cuando nos vayamos de aquí.

Consideré la cuestión. Acabé por sacar el estuche, y entregándoselo, dije:

—No hay ninguna ley que me impida poseer esta colección.

Dio un vistazo a las ganzúas. Una pálida sonrisa afloró a sus labios.

—Lo había supuesto —murmuró—. Así que acababa de llegar, ¿no es eso lo que ha dicho?

—Sí.

—Y ya sabía que necesitaría las ganzúas para entrar aquí.

—Muy bien, teniente, usted gana. He llamado varias veces. Al no obtener respuesta me he inquietado. Sé que Hewitt está aquí. El coche que emplea estos días está ahí delante, de manera que había decidido entrar a ver qué sucede.

Antes que pudiera responder, la voz del sargento llegó hasta nosotros.

—Aquí hay una puerta abierta, teniente.

Le arrebaté el estuche de las manos. Apenas si lo notó, ya que echó a correr hacia la trasera del edificio. Una pequeña puerta, en la que había un

rótulo indicando que aquella era la entrada de servicio, estaba abierta. Los tres entramos por ella.

Dimos una vuelta por la planta baja. O'Toode estaba inquieto y nervioso, y el sargento parecía también creer que allí se agazapaba algún peligro, porque se movía como un gato, manteniendo la mano muy cerca del revólver.

Lo encontramos en lo que debía ser la biblioteca. Ninguno de nosotros pronunció una palabra, petrificados de asombro.

CAPITULO VIII

Hewitt estaba sentado en una confortable butaca. Su mano derecha descansaba sobre su regazo y entre sus dedos inertes se sostenía una automática europea del 7'65. La bala le había entrado por la sien derecha. El pequeño orificio era el manantial de donde había brotado la sangre que ensuciaba su cuello y ropas... Como hipnotizado, mis ojos permanecían clavados en aquella cara blanca como la cera, y de cuya boca entreabierta parecía que iba a salir una explicación a todo lo que me intrigaba.

—Bueno, era cierto después de todo —farfulló O'Toole.

Le miré.

—¿Qué era cierto? —quise saber.

—Que preparaba algo semejante.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por su criado. Un mejicano. Hewitt le ha mandado fuera de la casa, diciéndole que no quería volver a verle hasta la noche. Un tanto intrigado, el muchacho ha espiado a su patrón antes de salir y le ha visto sacar una pistola, comprobar la carga y guardarla después en el bolsillo. Eso le ha inquietado, pero ha abandonado la casa y se ha metido en un bar. Ha dejado pasar el tiempo pensando en lo que debía hacer... hasta que se ha decidido a venirnos a ver para contarnos su historia.

—Ya veo...

Los ojos acusadores del teniente estaban clavados en mí, cuando dijo:

—Supongo que se dará cuenta que usted es el culpable de esto.

—¿Yo? Usted está soñando. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Usted estaba acorralando a Hewitt. Debe haberlo asustado de tal manera que no le ha quedado más remedio que volarse la cabeza.

—Y un cuerno.

El sargento estaba dando una vuelta de reconocimiento por la biblioteca. De pronto, su voz sonó, seca y tensa:

—¡Mire, teniente!

—¿Qué?

Señalaba una máquina de escribir portátil que había sobre una mesita. Una hoja de papel estaba puesta en el rodillo.

O'Toole se inclinó para leer lo que estaba escrito. Por encima de su hombro lo leí también.

«Lo siento. Esta vez he llegado demasiado lejos. No tengo más salida que ésta».

Eso era todo. Muy lacónico, pero expresivo. El teniente se volvió hacia mí.

—¿Se convence ahora?

—¿De qué?

—Ya se lo contará el fiscal. Sargento, llame a los muchachos.

Se apartó de allí y se dejó caer pesadamente en un diván. Yo me instalé a su lado.

—¿Por qué escribir la nota a máquina? —pregunté, suavemente.

—Si vuelvo a oír su voz, Cameron, le partiré la cara. Cállese de una maldita vez. Quiero pensar.

—Okey.

El sargento colgó el teléfono después de ladrar las órdenes. Siguió husmeando por todo el recinto, examinándolo todo sin sacar las manos de los bolsillos.

* * *

Pasaron los minutos. Mi tensión crecía a medida que el teniente persistía en su reconcentrada actitud. No me gustaba nada de todo aquello.

De pronto, ordenó:

—Cuénteme todo lo que haya de su cita con Hewitt.

Le dije cuanto habíamos hablado Hewitt y yo por teléfono. Le conté incluso el viaje hasta la cabaña, porque ya empezaba a ser hora de hacer estallar semejante petardo.

El escuchó en silencio, aparentemente muy interesado en seguir los paseos del sargento. Cuando callé murmuró:

—¿Qué hay en esa cabaña que tanto interés ha despertado en Hewitt?

—Un fiambre.

Pegó un brinco.

—¿Un qué?

—Una mujer muerta. Alguien le machacó la cabeza hasta convertírsela en un amasijo.

—¿Quién? —ladró.

—El hombre que conducía el «Cadillac» cuando se estrelló.

Sus ojos centelleaban. Abría y cerraba las manos como si estuviera estrujando algo entre ellas. El sargento se había detenido y escuchaba, estupefacto también.

—¿Cuándo ha descubierto usted ese cadáver?

—Esta tarde —mentí.

—Y se lo ha callado, por lo que veo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque he supuesto que el asesino viviría más confiado si pensaba que nadie estaba enterado de su crimen.

—Usted ha pensado. ¡Y posee una licencia de detective privado! —estalló—. ¿Qué demonios cree usted que está autorizado a hacer?

—Tómelo con calma, O'Toole. De todas formas, la cabaña está fuera de su jurisdicción. En todo caso es el *sheriff* de...

—Déjese de monsergas. ¿Sabía Hewitt que había un cadáver en la cabaña?

Vacílé. Ahí estaba mi oportunidad de obligarles a moverse.

—Yo sé lo he dicho —afirmé.

—Y como— resultado se ha pegado un tiro —gruñó el sargento.

—Hewitt no se ha pegado ningún tiro —afirmé, secamente—. Esto es un asesinato. Y no me diga que usted no opina lo mismo, O'Toole.

—Mi opinión no le importa a usted, Cameron. Pero en cambio a mí sí me importa la suya. Desembuche todo lo que sabe sobre este asunto. Y empiece por el principio, ¿comprendido?

Iba a negarme, pero la llegada de los especialistas me ahorró el trabajo. O'Toole repartió órdenes y tomó disposiciones. Se informó de si habían avisado al forense, y cuando le contestaron afirmativamente, dispuso:

—Quiero que le hagan la prueba de la parafina al cadáver. Y quiero el resultado cuanto antes.

Luego se volvió a mí. Dije:

—Usted también duda de que sea él quien ha disparado, ¿no es cierto, O'Toole?

—Sí. Vamos a cualquier parte donde, podamos hablar sin estorbar.

Salimos de la biblioteca. El lugar que el teniente eligió fue una pequeña salita amueblada con lujo. Allí empezó:

—Usted parece saber muchas cosas, Cameron. Suéltelas.

—Lo único que tengo es una especie de teoría. Las únicas pruebas que hay en ella son las huellas de los neumáticos del «Cadillac» junto a esa cabaña de que le he hablado.

—No importa. Explíquese.

—¿No cree que sería más conveniente ir primero a la cabaña? Por el camino podemos hablar.

—Quiero saberlo todo antes de emprender el viaje.

—Está bien.

Pero otra vez nos interrumpieron. El sargento se presentó anunciando que el fiscal quería hablar por teléfono con el teniente.

Refunfuñando, O'Toole me dejó solo.

Tardó casi un cuarto de hora en regresar. Noté al instante cuán furioso

estaba.

—No tenemos tiempo de hablar ahora —anunció conteniendo a duras penas su furia—. El fiscal quiere verme al instante.

—¿Qué dice del... «suicidio»?

—Nada. Que lo tratemos rutinariamente y sin escándalo. ¿Tiene algún mapa con la situación de esa cabaña?

—Tengo un mapa en el coche. Puedo señalarle en él dónde está ubicada.

—Vamos.

Saqué el mapa que había comprado y marqué con un círculo el lugar aproximado que ocupaba la cabaña. O'Toole dijo, entre dientes:

—¿Qué va a hacer ahora?

—No lo sé. ¿Y usted?

—Escuchar al fiscal... ¡Condenación! Voy a pedir, traslado.

—¿A qué viene esto?

Me miró. Sus ojos brillaban cual si tuviera fiebre.

—Siga adelante, Cameron. Saque a la luz todo lo que encuentre. Ya estoy harto. Harto —repitió, furioso—. Me pagan para salvaguardar la Ley, no para que agache el espinazo cuando...

Se interrumpió. Pasó furiosamente la mano por su cara y después trató de sonreír sin conseguirlo.

—Lo siento —gruñó—. Y ahora, lárguese de aquí, Cameron, antes que cambie de idea. Veré qué hago con el asunto de la cabaña.

—Tenga cuidado, O'Toole. Los nervios nunca han conducido a nada.

Me alejé de él. Cuando daba vuelta al coche, él entraba en el suyo.

CAPITULO IX

El telegrama estaba esperándome en manos del conserje. El hombre me llamó en cuanto entré.

—Lo han traído hace media hora, míster Cameron —anunció al verme.

Le di las gracias y subí a la oficina. Allí lo abrí y quedé asombrado de su extensión. Procedía de la agencia de detectives de Nueva York.

Lo leí de un tirón. Tuve que leerlo por segunda vez para que su contenido penetrara en mi mente con todo su terrible significado.

Después repetí la lectura, despacio, absorbiendo cuanto decía, casi saboreando las palabras.

Hecho esto, lo guardé en la caja fuerte. Apagué las luces y volví a la calle, esta vez en busca de Terry.

El reportero estaba en su despacho, terminando un artículo que debía alcanzar la primera tirada del periódico. Apenas levantó la cabeza cuando entré. Dijo solamente:

—Siéntate, Max. Enseguida termino.

Encendí un cigarrillo y esperé con impaciencia. Al fin, arrancó el papel de la máquina, llamó a un muchacho y se lo entregó. El chico salió disparado, y durante el momento en que la puerta estuvo abierta llegó hasta mí el furioso teclear de otras máquinas de escribir.

Terry se echó hacia atrás con su sillón y quiso saber:

—Muy bien, Max, suéltalo. ¿Qué tienes para mí?

—Lo tengo todo, Terry. Pero es una condenada situación. No existe ninguna prueba contra el canalla que ha tramado todo el drama. Si publicas lo que yo sé, te verás envuelto en una demanda por libelo.

—Eso lo decidiremos después. De momento cuéntame qué has averiguado. ¿Puedes sacar a esa muchacha del apuro?

—Sí.

—Perfecto. Adelante, muchacho.

—Tal como te conté, el cadáver de la cabaña era el de una mujer de unos cincuenta años. Obesa, carente de atractivo, y a juzgar por sus ropas, sin ningún gusto en el vestir. O sea, bastante ordinaria y descuidada en su aspecto. Bien, mandé sus huellas a Nueva York junto con alguna otra pista y pedí que la identificasen.

—¿Cómo sabías que había venido de Nueva York?

—Por algo que encontré en ella —dije, callándome lo de la etiqueta. Eso podía costarme un disgusto si llegaba a saberse—. Esta noche he recibido un telegrama en respuesta a mi demanda. Sigue una carta con más detalles, pero con el telegrama es suficiente para hacernos una idea de lo sucedido.

—Está bien, Max. Pero lo que quiero saber antes que nada más es la identidad del criminal.

—No lo sé.

Pegó un respingo.

—Pero tú has dicho que lo tenías todo solucionado, que lo único que necesitabas eran las pruebas...

—Y es cierto. Pero el criminal que hizo el trabajo puede ser un tipo cualquiera, pagado para la ocasión. Ese es a quién no conozco. Pero sí puedo decirte quién le ordenó el crimen, y quién le pagó y tramó todo el embrollo desde un principio.

—¡Maldito seas, polizonte! ¿Qué esperas a decirme su nombre?

—Ibrahim Dach.

Arrugó el entrecejo, tratando de captar la identidad del hombre, y cuando lo consiguió desorbitó los ojos, estupefacto.

—No es posible —susurró, asombrado.

—Escucha, Terry. Ese individuo llegó aquí huyendo de Hitler. Pero, a diferencia de muchos otros en sus condiciones, éste consiguió sacar dinero suficiente de Alemania para establecer una cadena de locales por toda la costa. Bien, se creó una posición con su dinero, y hace tres o cuatro años se casó con una dama de la alta sociedad. Gracias a ella ha conseguido escalar los más altos puestos, está magníficamente situado y tiene influencia suficiente para inquietar al fiscal y obligarle a satisfacer sus deseos. Y todo esto iba a irse al diablo. Dachs iba a verse envuelto en tal escándalo que jamás volvería a levantar cabeza en el mundo social. ¿Qué crees que ha hecho ante semejante amenaza?

—Primero quiero saber en qué consistía esa amenaza.

—En su primera mujer, llamada Herta Polanski. Una judía que llegó a Nueva York sin recursos, huyendo también de Europa, pero creyendo que su marido había muerto en un campo de concentración nazi.

Excitado, Terry casi se levantó de un salto.

—La mujer muerta —exclamó.

—Seguro. El primer nombre con que se inscribió en la Organización de Refugiados fue Herta Dachs. Luego cambió ese nombre por el de soltera.

—Y descubrió que su marido vivía...

—Podemos suponer que así fue. Seguramente vio alguna fotografía en la que aparecía Iben Dachs y salió de estampía en su busca. Se puso en contacto con él. Imagínate a ese judío cómo reaccionaría al darse cuenta de que su primera mujer vivía, y que por lo tanto su matrimonio con la

mujer que le mantenía en las alturas era perfectamente nulo.

—Lo veo tan claro como si estuviera ante una película de los sucesos. Dachs la citó en la cabaña del bosque y se la cargó. Era la manera más expeditiva de quitarse la amenaza de encima.

—No fue exactamente así. Olvidas que no era Dachs quien conducía el coche cuando ocurrió el accidente. La descripción de ese hombre, según Leola, es que tenía unos treinta años aproximadamente. Dachs tiene que ser mucho más viejo. Mi idea es que empleó a algún asesino para hacerlo. Este convenció a la mujer de que debía acompañarle hasta la cabaña, donde estaría esperándola su marido, y una vez allí acabó con ella. Luego, al regreso, fue cuando cargó a Leola en el coche, se estrelló y, sabiendo que si le pescaban con aquel coche podría verse metido en un buen lío, escapó.

—Pero, ¿por qué apoderarse del coche de Hewitt? Podía haber robado cualquier otro...

—Olvidas que no contaba con el accidente. Apostaría a que le pidieron el coche a Hewitt con cualquier excusa. Eso falta averiguarlo todavía. De no haber ocurrido el accidente, nadie hubiera sabido jamás para qué lo habían empleado.

—Ya veo...

—Y ahora —dije lentamente—, se han cargado al mismo Hewitt.

Y le conté el descubrimiento del cadáver, en compañía del teniente y del sargento. Eso acabó de entusiasmar al reportero.

—¡Por todos los diablos, Max! Es un reportaje sensacional... Y lo publicaremos antes que cualquier otro periódico... Mi jefe es capaz de aumentarme el sueldo.

—No te dispaes. Necesitamos alguna prueba antes de lanzarnos... Y hasta ahora no tengo ninguna, si exceptuamos las huellas del «Cadillac».

—Eso es suficiente para...

—Para estrellarnos —le interrumpí—. Dachs afirmará que no sabía una palabra de todo esto. Y con la muerte de Hewitt, simulando un suicidio, no le costará mucho cargar sobre él todas las culpas. No olvides que tiene influencias y que el fiscal baila al son que él toca.

—¿Qué motivo podía tener Hewitt para matar a esa pobre mujer?

—Nadie se molestará en buscar un motivo. Le cargarán el paquete y asunto liquidado. Lo bueno sería encontrar al tipo que conducía el coche. Te apuesto a que le haría hablar.

—¿Qué te dijo Hewitt cuando hablaste con él por teléfono la última vez?

—Que ya estaba muerto... que iba a terminar con todo el maldito asunto de una vez. Seguramente había adivinado lo ocurrido, al estar enterado de que la cabaña pertenecía a Dachs...

—¿Pertenece a él?

—Lo supongo. ¿A quién si no?

—Al asesino.

—No lo creo. Un criminal no posee cabañas de fin de semana... No, tiene que ser Dachs el propietario. Claro que eso será fácil de averiguar.

—Bien, lo tenemos todo menos las pruebas. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Si O'Toole quisiera colaborar —dije, pensativo—, creo que le arrancaría una confesión a ese judío del demonio.

—¿O'Toole? No seas iluso. Le faltaría tiempo para ponerte en manos del D. A. Piensa un poco en tu licencia, ¿quieres?

—O'Toole está hasta la coronilla de todo este asunto. No le gusta que le aten las manos ni que le digan cómo debe llevar una investigación ni cuándo debe dejarla. Prácticamente, me ha animado a seguir adelante.

—Okey, Max, si tú crees que es sincero. ¿Vas a contarle todo lo que sabes?

—Tal vez... aunque había pensado ver primero a Iben Dachs. ¿Quieres acompañarme?

—¿Y lo preguntas? —exclamó, poniéndose en pie de un salto.

—¿Tienes medio de averiguar dónde podríamos encontrarlo a estas horas? Quizá el redactor de sociedad...

—No está aquí ahora...

—Está bien. En la guía de teléfonos hallaremos el domicilio y allí nos dirán si está o no en casa.

Lo hicimos así. La residencia del magnate estaba en las afueras, edificada en la ladera de una colina que dominaba toda la ciudad, mostrando al fondo el panorama impresionante de la bahía.

—¿Crees que nos dejarán entrar? —preguntó Terry cuando nos apeamos del auto.

—Si él está en casa entraremos.

—Esta casa debe haber costado medio millón como mínimo...

Ta! voz costaba más. Estaba medio camuflada entre la vegetación del extenso jardín. La verja de hierro, coronada de aguzadas puntas de lanza, era una barrera casi infranqueable.

Oprimí el botón del timbre un par de veces. La espera se prolongó varios minutos, hasta que al fin vimos avanzar una sombra por el sendero de grava. El hombre, vestido con una chaqueta blanca y pantalón negro, nos miró sin pizca de amabilidad.

—¿Qué desean? —preguntó abruptamente.

—Ver a míster Dachs.

—¿A estas horas? Lárguense de aquí.

Dio media vuelta dispuesto a volver al palacio. Le atajé:

—¿Está su patrón en casa?

—No. Y aunque estuviera aquí no lo verían a semejantes horas de la noche.

—Por lo menos dígame dónde podemos encontrarlo.

—¿Green que cuando sale me dice a dónde va?

Y se alejó, altivo, dando la sensación de que nosotros éramos escoria.

Terry gruñó:

—Así te rompas una pierna, fámulo.

—Hemos perdido el tiempo. Iremos a ver a O'Toole.

En la Central nos informaron de que el teniente se encontraba en aquellos instantes en el despacho de la fiscalía. No me gustaba mucho la perspectiva de ir a buscarle allí, pero no quedaba otro remedio si quería adelantar tiempo e impedir que el fiscal llevase a Leola ante el jurado.

Afortunadamente, O'Toole estaba en un despacho independiente. Además, la suerte nos acompañaba, ya que nos dijeron que el fiscal se había marchado hacía un par de horas.

O'Toole nos miró alternativamente, con el ceño fruncido y los labios apretados. Sus ojos centelleaban de manera inquietante.

—Cameron —dijo—; llevo una eternidad buscándole.

—¿Para qué?

—Tongo una noticia para usted —murmuró. De pronto cambió de tono y bramó—: ¿Conque un cadáver en la cabaña, eh?

—Sí, y además lo he identificado.

Tragó saliva. Hizo un esfuerzo y logró serenarse. Yo no entendía nada de su furia. Dije:

—¿Qué diablos le pasa a usted, O'Toole?

—Que me he portado como un imbécil. Pero ahora no nos estorbará nadie. Desembuche todo lo que pretende saber.

—A eso he venido. Teóricamente he reconstruido todo el caso.

—Seguro, seguro, Cameron... No podía ser menos... Adelante.

Le desgrané toda mi teoría tal como había hecho antes con Terry, añadiendo algunos detalles más que se me ocurrieron durante el relato. El escuchó pacientemente, con su mirada fija en mí con tal intensidad que pensé si me creería o no.

Esperó a que hubiera acabado y entonces dijo:

—¿Todo esto se lo ha inventado usted solo o le ha ayudado ese reportero?

—¿Cómo que inventado? —salté—. Todo encaja, O'Toole. ¿O es que no quiere verlo?

—Quiero ver un cadáver que no aparece por ninguna parte, maldito sea usted, polizante.

Quedé sin habla. Fue Terry quien dijo:

—¿Qué cadáver?

—El de la cabaña. Allí no hay ningún cadáver.

No podía creerlo.

—Vamos a hablar con calma —balbuceé—. Yo vi el cuerpo, teniente.

¿Ha ido usted a la cabaña?

—No. He hablado por teléfono con el *sheriff* del Condado. Él se ha presentado en la cabaña en compañía de sus hombres. No han encontrado ningún cadáver. Todo estaba en orden.

—Se habrán equivocado de cabaña —afirmé.

—No se han equivocado. Les he dado la situación exacta. La cabaña pertenece a Iben Dachs... hace años que no se acerca por ella.

—Está bien, alguien ha hecho desaparecer el cuerpo —opiné—. Pero el cuerpo estaba allí. Yo mandé sus huellas dactilares a Nueva York. Tengo el telegrama de respuesta en mi caja fuerte. ¿No se da cuenta de que se trataba de la primera mujer de Dachs? Ese judío ha hecho lo que yo debía haber supuesto. Quitar el cadáver de allí en cuanto ha terminado con Hewitt.

O'Toole vaciló, un tanto impresionado por mi seguridad. Añadí:

—Además, Dachs no se encuentra en su casa esta noche. Acabamos de preguntarlo ahora mismo.

—Aunque fuera cierto todo esto, no creo que haya hecho el trabajo personalmente...

Pensé sobre semejante posibilidad.

—¿Quiere decir que habrá empleado al mismo asesino? —pregunté.

—Suponiendo que usted no esté mintiendo, es lo más lógico.

Pegué un salto. Los dos me miraron como si me creyesen loco.

—Tenemos una posibilidad —exclamé, excitado—. Vámonos.

—¿A dónde? —quiso saber O'Toole.

—A mi despacho.

Salí sin esperarles, pero cuando llegué al coche los dos iban pisándome los tacones. Lancé el auto en medio y le imprimí tal velocidad que el teniente refunfuñó:

—Si quería correr debía haberme dejado coger el mío. La sirena...

Calló cuando tomé una esquina sobre dos ruedas. Sus maldiciones no me hicieron mella y seguí hundiendo el pie en el acelerador desesperadamente.

Hasta que detuve el motor y salté fuera sin entretenerme. Me lancé en busca del conserje.

No me dejó hablar. Exclamó al verme:

—¡Caramba, míster Cameron! Hay un hombre que está intentando hablar con usted por teléfono hace más de quince minutos. Llama continuamente.

—¿Ha dicho quién es?

—No... Pero ha llamado también a su domicilio.

—Gracias... Cuando llame otra vez dígame que yo he salido ya para encontrarme con él... que haga cuanto pueda mientras llego allí. Dígame que le llevo los cien dólares.

Salí a la calle como si me persiguieran todos los diablos del infierno. Tanto Terry como el teniente se lanzaron detrás de mí completamente desconcertados.

El coche ya estaba lanzado calle adelante cuando O'Toole recobró el habla:

—¡Deténgase! —gritó—. ¡Quiero saber primero qué es lo que se propone! Voy a verme envuelto en un lío sí...

—Cállese, O'Toole —dije, secamente—. Y encárguese de convencer a los patrulleros para que nos dejen seguir adelante, si aparece alguno.

Enfilé la autopista a velocidad de vértigo. El motor no podía dar más de sí, y la aguja del cuenta-millas parecía haberse vuelto loca. Pálido, Terry se agarraba dónde podía para no ser lanzado de un lado a otro.

Comencé a adelantar a todo vehículo que se me ponía por delante. El aire silbaba contra la carrocería, y el coche se estremecía de una parte a otra. Pero el acelerador seguía apretado a fondo.

De pronto, O'Toole gritó:

—¡Cuidado! Ahí delante hay una curva muy cerrada...

Ya lo sabía. Apreté el freno, lo solté y volví a apretarlo suavemente. La velocidad apenas cambió. Entramos en la curva y el coche derrapó locamente. Sentí el estómago en la garganta. Volví a oprimir el freno y a soltarlo casi al instante mientras luchaba furiosamente con el volante.

Conseguí hacerme con el coche y de nuevo hundí el pedal hasta el fondo. Una sirena empezó a aullar detrás nuestro.

—¡Ahí vienen! —grité—. ¡Enséñeles su insignia, O'Toole, y que nos abran paso!

Los dos motoristas venían lanzados. Por el retrovisor los vi inclinados sobre sus máquinas cual si formasen un solo cuerpo con ellas, igual que modernos centauros. Corrían como diablos, pero ganaban terreno muy lentamente a causa de mi velocidad. O'Toole aulló:

—¡Afloje la marcha, Cameron! Déjelos que se acerquen...

Obedecí. Los dos patrulleros se acercaron como un huracán, y en cuanto el primero asomó la cabeza a la altura de la ventanilla trasera O'Toole sacó medio cuerpo fuera y le mostró su credencial, al mismo tiempo que gritaba con todos sus pulmones para vencer el estruendo de las máquinas...

—¡Teniente O'Toole, de la Criminal! Ábrannos paso... Misión oficial.

Tuvo que repetir la explicación para que le entendieran, pero al fin los dos motoristas pasaron por el lado del coche como una bala y se adelantaron un centenar de metros. Sus sirenas atronaban el aire, y entre ellas y sus poderosos motores el estruendo era infernal.

Más tranquilo, hundí otra vez el pie para mantener siempre la misma distancia entre los patrulleros y nosotros. En mi vida había corrido como lo estábamos haciendo. Los coches se apartaban a nuestro paso. Fugazmente,

podía ver los rostros de los asustados conductores al ver la loca caravana que formábamos.

Las llantas chirriaban a cada curva, a cada bandazo, amenazando con mandarnos al infierno al menor descuido. Bajo mis manos, el volante vibraba como cosa viva. Ni O'Toole ni el reportero despegaben los labios.

Pasamos Leesburg como una tromba, alarmando al vecindario. Después, al acercarnos a Wildwood, dije al teniente:

—En cuanto lleguemos a Wildwood deberían apagar las sirenas para no espantar la caza... Voy a ver si puedo llamar a esos dos locos...

Apreté el claxon y mantuve la mano sobre él hasta que uno de los motoristas aflojó la marcha y dejó que le alcanzásemos. Por la ventanilla, le grité:

—¡En Wildwood apaguen las sirenas! ¡Nuestro destino es la estación de servicio que hay al otro lado de la ciudad!

—¡Comprendido! ¿Quieren llegar allí en silencio?

—Sí.

—¡Okey! Apagaremos también el motor antes de llegar...

Volvió a dar gas y se alejó.

Las calles de Wildwood fueron la última demostración de que los dioses estaban de nuestra parte. Cuatro o cinco veces estuvimos a punto de aplastarnos contra otros coches, pero conseguimos salir a la carretera nuevamente sin otro percance. Las sirenas callaron y poco después los motores también cesaron de roncar. Pasamos a los dos motoristas como un cohete. Pero por el espejo retrovisor los vi cómo corrían carretera adelante, dejando sus máquinas en la cuneta.

La estación apareció junto a la carretera, iluminada. Un par de coches estaban repostando.

Quitó el pie del acelerador y pisé suavemente el freno para matar el loco impulso del coche, pero sin que chillaran los neumáticos. Tuve que presionar un poco más para llegar a la estación a velocidad normal.

Antes de detener el coche advertí a mis acompañantes:

—Voy a apearme solo. No sé todavía lo que nos espera, y si nuestro hombre está aquí puede asustarse al vernos a todos.

No le di tiempo a O'Toole para protestar. Corté el encendido, tiré del freno de mano y salté fuera.

El mecánico vino hacia mí con una alarmante expresión de ansiedad en la cara.

—¡Santo cielo! —exclamó cuando llegó a mí lado—. Pensé que no iba usted a llegar nunca.

—Está bien, cálmese. ¿Ha pasado por aquí ese tipo?

—¿Cómo que pasado? Está aquí todavía.

—¿Dónde?

—En la cabina telefónica. Está desgañitándose pidiendo un taxi a

Wildwood...

—¿Qué ha pasado?

Sonrió con astucia. Explicó apresuradamente, mientras simulaba estar examinando una de las ruedas de mi coche:

—Ha llegado aquí con muchas prisas, tan matón como la otra vez. Mientras le servía gasolina ha ido a telefonear y yo he aprovechado para desconectarle el distribuidor... pero de manera que no se nota. Y ahí está su coche, a un lado para que no estorbe.

—Está bien, amigo, se ha portado como los buenos. Ahora quítese de en medio. Ese tipo es un criminal y puede que haya jaleo. Límitese a señalármelo en cuanto aparezca.

Se apresuró a apartarse de mí. Me apoyé en el coche y hablé a través de la ventanilla, sin volver la cabeza:

—Atención —dije—. El hombre está en el teléfono. Cuando aparezca me acercaré yo a él, O'Toole. Usted saltará del coche cuando yo lo tenga a cubierto. Creo que así evitaremos escándalo. Tú, Terry, sal del coche y vete en busca de los patrulleros. Que no asomen por aquí antes de tiempo. ¿Todo comprendido?

Por toda respuesta Terry se alejó andando normalmente, pero cuando estuvo fuera de la vista escuché sus pasos al echar a correr. O'Toole protestó:

—Eso es trabajo mío, Cameron, aunque maldito si sé qué se propone. ¿Quién está ahí dentro? ¿Dachs?

—No. El tipo que conducía el coche, o sea, el que mató a la mujer en la cabaña, y posiblemente también sea él quien se ha encargado de Hewitt.

—Más razón todavía para que sea yo quien le detenga. Apártese de ahí, Cameron.

—No sea idiota... suponga que yo estoy equivocado, ¿cómo quedará usted si se mete en el asunto antes de tiempo?

Eso le dio que pensar, y antes que pudiera encontrar una respuesta vi abrirse una puerta de cristales y aparecer la exacta reproducción del hombre que Leola me había descrito. La única diferencia consistía en que esta vez lucía un traje marrón y sombrero del mismo color.

El mecánico me hizo una seña, indicándomelo, y esperó. Empecé a moverme hacia el recién aparecido, pero el hombre no me vio. Estaba diciéndole al mozo:

—¿Qué clase de pueblucho es ese de Wildwood? Hasta ahora no he podido conseguir un taxi, maldito sea.

—¿Viene ya? —preguntó el mecánico, con voz insegura.

—Sí.

Me coloqué detrás del hombre y saqué el revólver, apretándolo contra su espalda. Dije con calma:

—El juego ha terminado. Levante las manos, tipo listo.

Se volvió en redondo, con un gesto instintivo. Era un hombre acostumbrado a luchar. Pensé que las cosas no iban a ser fáciles.

—¿Qué demonios? —empezó.

Pero el «38» le obligó a callar, y yo remaché la impresión.

—Estoy dispuesto a disparar, compañero —le aseguré—. Así es que levante las manos.

Empezó a levantarlas muy despacio. Retrocedí un paso para poner el revólver fuera de su alcance, en caso de que intentase algo desesperado.

Cuando pudo hablar gruñó:

—¿Qué significa esto, un atraco?

—Y de qué clase, amigo. Vamos, las manos detrás de la nuca.

Escuché el golpe de la portezuela del coche al cerrarse. O'Toole decidía intervenir. Antes que pudiera escuchar lo que yo decía afirmé:

—Esta vez irá a la cámara caliente, amigo. Dos asesinatos son demasiados, incluso estando respaldado por Iben Dachs.

Había dado en el clavo. El tipo perdió todo asomo de color y miró con desesperación a su alrededor buscando una escapatoria. Supongo que imaginó que yo estaba solo, ya que de otra manera jamás habría hecho tal locura.

Sencillamente, dio media vuelta y echó a correr.

Desconcertado, perdí un par de segundos antes de lanzarme tras él, pero O'Toole ya galopaba también con su «45» en la mano.

—¿Es él? —gritó.

—Sí.

—Muy bien.

Se detuvo y gritó con fuerza:

—¡Deténgase o disparo!

El otro no se detuvo. Pensó que era yo... y ese fui su error.

El «45» del teniente bramó una sola vez. Su estampía, semejó un cañonazo y amenazó con reventar mis tímpanos. Vi al fugitivo pegar un salto inverosímil, retorcerse aún en el aire, y caer redondo al suelo. Me precipité hacia él.

Advertí que no estaba muerto. Gemía dolorosamente y al inclinarme descubrí el boquete que la bala había abierto en su hombro derecho. Un pedazo de hueso astillado asomaba por él. La herida no era mortal, pero jamás volvería a emplear normalmente su brazo. Entre otras razones porque en la cámara caliente no iba a necesitarlo para nada.

A pesar de eso empecé a hablar rápidamente cuando llegó el teniente.

—Está muriéndose, bastardo —solté abruptamente—. Hable antes de acabar. No querrá que Iben Dachs se ría de usted por haberle sacado las castañas del fuego... Vamos, confiese.

O'Toole me sujetó, empujándome a un lado. Indignado, gruñó:

—No se lo permito, Cameron. Es inhumano...

—¿Qué humanidad ha tenido él con la pobre mujer? Lo único que quiero es que confiese antes de irse al infierno... para terminar con Dachs.

El herido, ahogando los gemidos de dolor, suplicó:

—Un médico...

—No tendrás ningún médico hasta que confieses, así que...

De nuevo iba a intervenir el policía, pero se lo impidió el fogonazo de una cámara fotográfica. Terry había entrado en acción. Volví la cabeza y vi a los patrulleros manteniendo apartados a los curiosos y al mozo.

El herido insistió:

—Por favor... Me duele horriblemente... un médico...

—Confiesa.

—Un médico...

—No hay médico hasta que hables, bastardo. ¿Por qué mataste a la mujer en la cabaña?

—Dachs..., el patrón..., él me ordenó hacerlo... por favor, un médico...

O'Toole se había inclinado hacia adelante al oírlo. Yo insistí:

—¿Dónde está el cadáver ahora?

—Un médico...

—¿Dónde está el cuerpo?

Gruesas gotas de sudor se deslizaban por su cara, desencajada por el dolor. El hueso astillado debía dolerle como un infierno.

Al fin balbuceó:

—En la... cascada... al fondo del barranco... Hewitt lo sabía...

—¿Has matado también a Hewitt? —pregunté.

—No..., yo tenía que venir a la cascada..., el patrón..., él... se encargarla de Hewitt...

Miré a O'Toole. El policía gruñó:

—Es suficiente, Cameron. Con eso basta por ahora. El resto podrá contarle en el hospital.

—Un momento... quiero preguntarle algo más —insistí—. ¿Conducías tú el «Cadillac» cuando se estrelló?

—Sí..., pero, por favor..., voy a desmayarme..., no puedo..., el dolor...

—Aguarda, maldito seas —grité para reanimarle—. ¿Por qué empleaste el coche de Hewitt?

Esta vez tardó un poco en responder. Se le agotaban las fuerzas:

—Uno estaba... estropeado... —murmuró, ya casi sin voz—. Y el otro lo tenía... su mujer...

—¿Sabía Hewitt que te habías llevado el coche?

—Sí..., Dachs se lo... pidió.

—Está bien, con eso tengo bastante.

Me levanté. En el mismo instante el tipo perdió el conocimiento.

O'Toole llamó a uno de los patrulleros y le ordenó que le ayudara a llevar el herido hasta mi coche. Después dispuso:

—Esta vez conduciré yo. Usted podrá seguirme con el coche de ese tipo, si la avería puede arreglarse...

—Lo haré —dije—. Pero quiero ir directamente a la fiscalía. Hay que sacar a Leola esta misma noche o presentaré una demanda contra el D. A.

—De acuerdo. El reportero vendrá conmigo, para sostener al herido —dijo O'Toole, preparándose para marchar.

Los patrulleros se alejaron corriendo en busca de sus máquinas. Yo ordené al mecánico:

—Vamos, vivo, arregle la avería del distribuidor...

—¿Va a llevarlo usted?

—Sí.

Mientras abría el capó preguntó:

—¿Qué hay de mis cien dólares?

—Aquí están... aunque en realidad es la policía quien debería pagárselos...

Le entregué el dinero y él arregló el distribuidor. Un minuto después corría detrás de mi propio coche, pidiendo al cielo que O'Toole lo llevara con cuidado. No podía permitirme el lujo de comprar otro.

La carrera de vuelta fue memorable. Por lo visto O'Toole se había propuesto demostrar que, conduciendo, nadie podía pasarle la mano por la cara. Y lo demostró con la ayuda de los dos motoristas. Lo único que lamenté fue que la exhibición la hiciera con mi auto.

* * *

Cuando llegamos la fiscalía, ya en Tampa, entregó el herido a sus hombres para que lo llevaran al hospital y lo mantuvieran bajo vigilancia. Luego llamó al fiscal y aulló la historia en tal tono que las orejas del acusador público debieron arderle a lo vivo.

Al colgar me anunció:

—Voy a por el amigo Dachs, Cameron. ¿Quiere acompañarme?

—No. Tengo algo más importante que hacer.

—¿Qué?

—Espero a Leola Reid. Esta noche tengo que contarle toda la historia, y contársela a mi manera. Al mismo tiempo le demostraré cuánto he hecho por ella...

—Ya veo. Espera que se lo agradezca.

—Exactamente.

Gruñó algo entre dientes. Después dijo:

—Okey, pesquisa. Esta vez debo darle las gracias... Va por las veces que me produce usted úlcera de estómago.

—Adiós, O'Toole. Ya nos veremos mañana... Eh, ¿dónde está Terry?

El teniente pegó un respingo. Luego dijo:

—Ha volado. Le apuesto diez contra uno a que el Tampa Sun saca una edición extra dentro de un par de horas.

Salió sin añadir más comentarios. Yo quedé esperando a Leola, satisfecho de poder sacarla de semejante apuro.

Pero, hablando con sinceridad, estaba más satisfecho todavía de haberle dado su merecido al judío Ibrahim Dachs y, por añadidura, al complaciente fiscal del distrito.

Seguí esperando, y amanecía cuando conseguí sacar de allí a Leola. Había sido una larga espera. Pero, después, todo aclarado, recibí la compensación por cuanto había hecho y también por esa espera.

Había valido la pena esperar porque...

Pero eso es otra historia que no creo que cuente jamás.

FIN

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





CUENTAS PENDIENTES

por Joe Mogar

Colgó antes de que H. V. pudiera decir nada más, y rápidamente abandonó la cabina telefónica.

De nuevo frente al volante, y sin poderlo evitar, pensó en Melisa. En ella y en Aumont. Un agente nazi. Así eran todos, por lo menos hasta el momento.

Paula Stivens también había recibido el pago por el favor que les hizo cuando le robó las listas. Una puñalada entre sus dos senos que le había partido el corazón.

Como él iba a partírselo a Aumont tan pronto como le echara la vista encima. Lo iba a hacer por todos los que habían muerto por su culpa, por Melisa y por Paula, a pesar de lo que esta última había hecho con él.

Iba a matarle lo mismo que mató a Harbou, aunque ahora tuviera que hacerlo solo.

*Era un hombre que sólo tenía una idea:
¡Matar!*

Que sólo tenía una ilusión: ¡La venganza!

Que sólo tenía una amiga: ¡La muerte!

JOE MOGAR

*llega al máximo de la emoción en su última
novela*

CUENTAS PENDIENTES

*¡un soberbio relato que usted leerá más de
una vez!*

LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



eso
tiene
VETERANO
VETERANO
tiene
eso



VETERANO
es de
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain